

¡Tú también te convertirás en un hombre del Neolítico!

Paweł Biernacki
Cracovia, 12025 a. C.

Introducción

¡A todos nosotros, queridos lectores, nos esperan profundos cambios! En el mundo que pronto llegará, la mera supervivencia no será suficiente. ¡Todos tendremos que adaptarnos! Esta pequeña guía está destinada precisamente a vosotros, mis queridos hermanos, para que podáis hacer frente al nuevo desafío. En la guía he incluido una serie de observaciones sobre un fenómeno concreto. Muchas de ellas las he respaldado con ejemplos tomados de la vida cotidiana. Al final del libro he incluido un test que os permitirá comprobar fácilmente en qué medida habéis asimilado el material que contiene. Poco a poco os voy introduciendo también en el mundo de los conceptos que tendréis que dominar. Os diré a qué debéis aspirar a partir de ahora y cómo tendréis que aprender a pensar. Seguramente os preguntaréis: ¿para qué sirve todo esto? Al fin y al cabo, cada uno piensa como quiere... Cuando leáis este libro, cuando pongáis cierto esfuerzo en familiarizaros con su mensaje, os resultará evidente que, a partir de ahora, ¡todo será completamente diferente!

Neolito

Seguro que ya habéis oído esta palabra: Neolito. Quizás tengáis curiosidad por saber qué significa. ¡Es un error! El Neolito es nuestro futuro. ¡Es más poderoso que un mamut y más peligroso que un tigre dientes de sable! ¡No hay escapatoria del Neolito! El Neolito nos exige a todos una nueva forma de ver el mundo, una nueva forma de pensar. ¡Ya no basta con tener curiosidad! Vosotros, futuros habitantes del Neolito, ¡debéis desear convertirlos en ellos! Debéis rechazar las viejas costumbres, los viejos hábitos. Cuando recorráis conmigo este camino por el que os voy a llevar, al final no podréis creer que pudierais pensar como pensáis ahora. En primer lugar, y lo más importante: aprended una nueva palabra: Paleolítico. ¿Qué es eso?, os preguntaréis. Pues bien, Paleolítico significa gente corriente, normal, como tú y yo, querido lector. Todos somos personas del Paleolítico. Y siempre lo hemos sido. Desde tiempos inmemoriales hemos vivido en el Paleolítico. Si es así, habrás pensado, ¿por qué no seguir así? Nada de eso. ¿Por qué?, te preguntarás seguramente. Te lo responderé. ¡Pues bien, el Paleolítico es malo! ¿Cómo puede ser malo?, dirás, si siempre hemos vivido así? No es que sea malo en sí mismo, pero el Paleolítico es peor. Peor, por supuesto, que el Neolítico. ¿Por qué tiene que ser peor? —preguntaréis. Si yo mismo admito que todos nosotros —simples cazadores-recolectores— siempre hemos vivido en el Paleolítico, ¿por qué tiene que ser peor que un tal Neolítico? Pues bien, esa misma pregunta demuestra lo profundamente que el Paleolítico se ha incrustado en vuestros cerebros. ¡Cuando llegue el verdadero Neolítico, a nadie se le ocurrirá siquiera preguntar eso! Les garantizo que para cualquier persona normal del Neolítico será obvio que es un ser humano mejor. ¿Cómo puede un hombre ser mejor que otro, diréis, si ambos son hombres? Pues el mero hecho de que seáis capaces de pensar así demuestra que aún no sois hombres del Neolítico. Estáis muy lejos de ellos. Os lo explicaré con un ejemplo. ¿Qué es mejor, la carne de un ciervo recién cazado o, por ejemplo, los restos de un animal muerto hace varios días, aunque sea un mamut? ¡Por supuesto que sabe mejor la carne de un ciervo recién cazado! Por el mismo principio, el Neolítico es mejor que el Paleolítico, ¡y cada hombre del Neolítico es mejor que cualquiera de nosotros! Pero eso no es todo. No podéis simplemente aceptar que sois peores e irros a cazar. ¡Ni hablar! ¡El Neolítico os impone a cada uno de vosotros una cierta obligación! Es como si tuvierais la tarea de mantener el fuego, porque es difícil reavivarlo una vez que se apaga y es mucho más sensato mantenerlo vivo. Y cuando el fuego se apaga, ya es difícil y en vano; echar leña al fuego le servirá de tanto como los hechizos mágicos al chamán cuando se topa por casualidad con un oso en una cueva. Todos sabéis, al fin y al cabo, que los osos no entienden de magia y que, al parecer, un chamán les sabe tan bien como cualquier otro ser humano. ¿Qué hace un chamán cuando va de caza? Lo mismo que los demás: ¡intenta cazar algún animal y no acabar cazado él mismo! Seguro que no me creéis, pero cuando llegue el Neolítico, ¡los chamanes no cazarán en absoluto! Seguramente pensarán que pescarán, o que al menos recogerán alguna fruta o setas. ¡Nada de eso! ¡Los chamanes en el Neolítico no harán nada! ¿Cómo es posible no hacer nada?, se preguntarán. Al fin y al cabo, todo el mundo tiene su trabajo, su ocupación. ¡Siempre ha sido así! ¿Qué comerán entonces? ¿De qué vivirá el chamán? ¡El chamán del Neolítico vivirá de ser mejor! Y cada uno de vosotros, cuando comprendáis la esencia del Neolítico, ¡también tendréis que querer ser mejores! ¡Los mejores! ¡Tendréis que soñar con ello! No soñará con nada más que con convertirse en alguien mejor de lo que es. Porque en el Neolítico, quien es mejor no tiene que cazar en absoluto, ¡y tendrá una barriga como la de un rinoceronte peludo! Lo sé, os miráis unos a otros, seguramente pensáis: ¿para qué le sirve a alguien una barriga así? Al fin y al cabo, nadie tiene una barriga así, le estorbaría a la hora de cazar y en muchas otras actividades. ¡Sé lo que estáis pensando! ¡Lo veo en vuestras caras de tontos! De nuevo estáis pensando en volver al campamento y daros un revolcón con vuestra mujer. El Neolítico lo cambiará todo. Hasta ahora había que convencer a una mujer así, demostrarle que se sabe cazar. Y ella podía decidir si prefería a uno u otro. ¡Por supuesto que eso cambiará! ¡En el Neolítico la mujer no tendrá nada que decir! ¿Cómo que no tendrá nada que decir? ¿Acaso estoy diciendo que en el Neolítico no habrá mujeres? La cuestión es que sí las habrá, pero en lugar de la mujer, será su padre quien decida.

¡Él le dirá quién le gusta más! Ya no será como ahora, que le lleváis algún regalo, por ejemplo, carne o alguna piel de animal. ¡Ni mucho menos! Es decir, sí, habrá que llevar carne, quizá incluso más que ahora, ¡pero habrá que dársela no a ella, sino a su padre! ¡Y también habrá que hablar de ella con su padre! ¡Y no con ella! Y si alguien tiene muchas hijas, os preguntaréis: ¿para qué le hace falta tanta carne? ¡A fin de cuentas, no se la puede comer él solo! ¿Y os habéis olvidado del chamán? ¿Cómo va a saber su padre quién es el mejor candidato para su hija? Tenéis esa forma de pensar errónea y paleolítica de que, si no es la hija, entonces su padre decidirá por sí mismo. ¡En el Neolítico nadie decidirá nada por sí mismo! Entonces, ¿cómo sabrá a quién debe elegir su hija? ¡Pues preguntará a quien sea mejor que él! ¡Y este preguntará a otro aún mejor! Y así sucesivamente. Y solo el que está en lo más alto, el chamán y jefe más importante, les permitirá hacer lo que estáis pensando (lo veo en vuestras caras, ¡porque volvéis a sonreír tontamente!).

Otros

De vez en cuando nos encontramos con los Otros. Bueno, en la vida hay de todo. A veces compartimos carne con ellos, a veces ellos con nosotros. Al fin y al cabo, la caza no siempre sale bien. Incluso ocurre que cazamos juntos. Pero es bueno vigilarlos, porque de vez en cuando les gusta secuestrar a alguna de nuestras mujeres, y ella no se defiende de ese secuestro tan desesperadamente como cabría esperar. Bueno, sí, a nosotros también nos gusta secuestrar a sus mujeres. Pero no se trata de eso. Veo otra vez por vuestras caras de tontos que se os están pasando por la cabeza chistes sobre una tía que no sueña con otra cosa que no sea ser secuestrada por los Otros. En cuanto a los chistes, incluso eso va a cambiar. En Neolita no habrá chistes tal y como los conocéis. ¡Chistes como los vuestros ya no harán gracia a nadie! ¡Seguramente estarán prohibidos! En cambio, los chistes sobre los Otros sí serán graciosos. ¿Por qué, os preguntaréis? Es muy sencillo y, si hubierais leído con atención el primer capítulo de esta guía, lo habríais deducido vosotros mismos. Pues bien, para cualquier persona del Neolito quedará claro que se pueden, e incluso se deben, contar chistes sobre los Otros. ¡Porque en el Neolito los Otros serán peores que nosotros! Cualquier verdadero hombre del Neolito, si por ejemplo le dicen que los Otros son unos caníbales malvados y que, además, tienen un sabor repugnante, creará sin el menor problema en ambas cosas. Incluso tendrá la sensación de que siempre lo ha pensado así, de que es su propia opinión, y no, por ejemplo, que se lo hayan contado junto a la hoguera. Lo creará así, incluso aunque nunca hubiera visto a ningún Otro, por no hablar de que nunca hubiera tenido la oportunidad de probar a ninguno. Si se lo dicen, simplemente se imaginará que una vez comió algo asqueroso y que ¡eso tuvo que ser un Otro! ¡O contará él mismo historias sobre ellos, diciendo que se comieron a toda su tribu y que él fue el único que se salvó porque ya no podían comer más! ¿Alguna vez habéis visto a un hombre que ya no pueda comer más? ¡Nunca en la vida habéis visto a uno así! Al fin y al cabo, siempre tenemos un poco de hambre. Incluso si se encuentra un mamut, no se puede devorar todo, hay que dejar algo para los demás, hay que secar un poco de carne para más adelante... Pues bien, todo, repito, todo verdadero hombre del Neolito se esfuerza ante todo por comerse lo máximo posible él solo. ¡Tenéis que metéroslo en esas cabezas paleolíticas! ¡Los demás no existen! ¡Los demás son peores! Esto no solo se refiere a esos «otros» con los que empecé mi discurso. ¡También se refiere a la gente de vuestra propia tribu, siempre que sean peores que vosotros! ¿Significa esto que el Neolítico os exige algún tipo de egoísmo extremo? ¿Quiero decir que en el Neolítico, unos contra otros, tal y como estáis aquí, os comportaréis como cerdos salvajes? Es solo una cuestión de interpretación. Desde el punto de vista de un simple cazador-recolector paleolítico, puede que así sea. Sin embargo, el Neolítico es un concepto noble y no tiene nada que ver con el egoísmo. Se trata de en quién debéis pensar en primer lugar. ¡Para quién privaros de comida! Como simples cazadores-recolectores, os preocupabais por vuestra tribu, por las mujeres y los niños, por los miembros mayores de vuestra tribu, sobre todo cuando ya no podían cazar. Incluso por otros cazadores, pues, al fin y al cabo, cada uno de vosotros comparte instintivamente la comida con los demás. En vuestras mentes paleolíticas persiste la creencia de que ellos son iguales que vosotros, solo que son niños, ancianos o mujeres. ¡Por supuesto que eso va a cambiar! ¡Vuestra principal tarea como auténticos seres humanos del Neolítico es velar por el bienestar de aquellos que son mejores que vosotros! ¿Quién es mejor que vosotros? Ya os lo he explicado: en el Neolítico, los mejores que vosotros son aquellos miembros de vuestra tribu que no tienen que cazar! ¡Los que viven de ser mejores! ¡A ellos les corresponde toda la carne de la caza que cacen! Ellos decidirán si os dan un trocito o si os mantienen a dieta. ¡En el Neolito habrá excedentes de comida como nunca habéis soñado! ¡Habrá comida a montones! Si se repartiera a partes iguales, en principio cada uno podría comer tanto que a un hombre normal del Paleolito le sentaría mal. Habrá tanta comida que, si se repartiera a partes iguales, ¡hasta el Gran Bocazas diría que ya no puede comer más! Es un hombre amable y tranquilo, todos lo conocéis, pero en una situación así estaría tan atiborrado que, si alguno de vosotros le ofreciera algo más por instinto, ¡ni quiero pensar en cómo acabaría eso! ¡Habrá tanta comida en el Neolítico! ¡Seguramente pensáis que este Neolito es algo

genial y que habría que probarlo? Por supuesto, el Neolito tiene sus cosas buenas. Sin embargo, tiene sus particularidades, que hacen que solo sea bueno para los mejores. Porque si se repartiera la comida por igual, los mejores no tendrían la más mínima razón para esforzarse por ser mejores. ¡Olvidaos de que la comida en el Neolito se vaya a repartir alguna vez de forma equitativa! Os conozco bien y sé que entonces os quedarías en el campamento durante meses y no os apresuraríais a salir a cazar! ¿Para qué íbamos a cazar, pensaréis, si hay mucha comida? Un verdadero hombre del Neolito nunca piensa así. ¡El hombre del Neolítico quiere tener todo lo que pueda! Pero no se trata simplemente de tener mucho. ¡Nada le importa tanto como que los que son peores que él tengan lo menos posible! ¡Su sueño es que no tengan absolutamente nada! Seguramente pensáis que el hombre del Neolítico desea poder compartir con ellos. ¡Nada más lejos de la realidad! ¡El hombre del Neolítico, si quisiera compartir con alguien, dejaría de ser un hombre del Neolítico! Perdería toda su superioridad sobre vosotros, simples cazadores-recolectores. ¡No sería ni un ápice mejor que vosotros! ¡Se trata de deshacerse de ese nefasto hábito paleolítico de compartir la comida! ¿Cómo es posible?, os preguntaréis. ¿Acaso la gente no comparte? Os explicaré en qué consiste el error de vuestro pensamiento retrógrado y paleolítico. Instintivamente teméis que, si no compartís la comida, alguien, por ejemplo, morirá de hambre, ¿no es así? Y si alguien muere, luego no os ayudará a cazar, no podrá compartir con vosotros por sí mismo; eso es lo que pensáis, ¿no es así? Si toda vuestra tribu apenas lograra comerse un mamut entero en un mes, ese pensamiento tendría sentido. Toda esa superstición paleolítica de compartir la comida surgió únicamente porque había pocos miembros en una tribu. Solo por eso arde en vosotros ese miedo, esa necesidad paleolítica de ayudar a otro ser humano. ¡Pero gracias al Neolito, muy pronto habrá muchísima gente! ¡Surgirán campamentos con tanta gente como cabellos tiene en la cabeza más de uno de vosotros! ¡Entonces ya no tendrá sentido compartir la comida con nadie! El hombre común y corriente del Neolítico, cuando vea que alguno de vosotros se muere de hambre, ¡se quedará simplemente ahí parado mirándolo! No digo que se vaya a comer algún manjar mientras tanto, porque, al fin y al cabo, tendrá miedo de que se lo quitéis. Pero si se siente tranquilo, al ver, por ejemplo, que no podéis hacerlo, ¡quizá saque algún bocado especialmente sabroso y lo saboree! ¡De este modo, resaltarán su posición ante sus propios ojos y también ante los vuestros! ¡Demostrará que es mejor que vosotros! Si alguien más os está observando, lo hará sin duda, ¡aunque ni siquiera tenga hambre! Tenéis que aprender a pensar como ellos, los verdaderos hombres del Neolítico. Cuando, gracias a mis consejos, os convirtáis en hombres del Neolítico, ¡no os molestará en lo más mínimo ver a un hombre muriéndose de hambre! Sé que para vosotros es una visión insoportable, ¡pero este hecho se debe exclusivamente a lo que sois! Habéis permanecido demasiado tiempo en las garras del Paleolito y eso ha dejado ciertas cicatrices en vuestra psique, como las garras de un oso cavernario. Nada es fácil, como bien sabéis. Esto requerirá un poco de determinación por vuestra parte, diría incluso que sacrificio. Es bueno acostumbrarse poco a poco a esta visión, que, en efecto, al principio resulta un poco desagradable. Hay que practicar, igual que con el tiro con arco. Para ello, primero debéis imaginar que cogéis algo sabroso y —esto es muy importante— bajo ningún concepto dejáis que lo huela. Cuando alcancéis cierta destreza, podréis incluso sacar algo de verdad y dejar que lo huela, pero, por supuesto, no que lo pruebe. ¡Nadie aprende a disparar con arco cazando osos! Primero se dispara a los cuervos, como bien sabéis. Os preguntaréis cómo practicar esto, si en las historias de los ancianos nunca ha pasado que alguien muriera de hambre. ¡Es muy sencillo! En el Neolítico, a pesar de esos excedentes de comida, aparecerá un hambre como nunca habéis experimentado. ¡Ni vuestros padres, ni los padres de vuestros padres! No se trata solo de borrar de vuestras mentes esa idea fatal y paleolítica de compartir la comida. ¡El éxito del Neolítico solo será completo cuando todos se conviertan en verdaderos hombres del Neolítico! Ni siquiera el que se muera de hambre será capaz de pensar que quizá valga la pena compartir. ¡No! ¡Soñará con que muera de hambre el que está justo encima de él y se está zampando, por ejemplo, un trozo de pescado ahumado! ¡El que se muere de hambre se imaginará lo genial que sería comerse él solo ese trozo de pescado ahumado, porque el pescado

ahumado huele muy bien y está muy rico! ¡Ni se le pasará por la cabeza compartirlo con el otro! ¡En el mundo del Neolítico, gente como vosotros simplemente ya no existirá!

Títulos

En este capítulo de nuestra guía nos ocuparemos de uno de los logros del pensamiento neolítico: los títulos. ¿Qué son los títulos?, os preguntarán. Un título es algo parecido a un nombre. Cada uno de vosotros tiene un nombre, vuestras mujeres tienen nombres, e incluso los niños pequeños, tarde o temprano, recibirán un nombre, porque, al fin y al cabo, hay que llamarlos de alguna manera. Seguramente ya estaréis pensando que en el Neolítico no habrá nombres. ¡Pues sí que los habrá! Un nombre así es muy práctico para el hombre del Neolítico. Os lo explicaré con un ejemplo. Cuando vuestra mujer prepara, por ejemplo, algo de comer, ¿qué suele decir? Grita a voz en grito «¡comida!» o algo por el estilo. ¿Y quién acude a esa llamada? ¡El primero que pase! Lo sabéis muy bien. De hecho, puede que acuda media tribu, al menos los que estén cerca en ese momento. ¿Y cuál es el problema?, os preguntarán. Para vosotros quizá no sea ningún problema, pero pensad en lo que pasaría si lograsedis convertirlos en auténticos hombres del Neolito. Tomemos, por ejemplo, a ti, Gran Bocazas. Si tuvieras alguna idea del Neolítico y tu mujer empezara a gritar a pleno pulmón «¡comida!», ¿qué harías? Te lo diré enseguida, para que no te dé tiempo a hacer el tonto delante de toda la tribu. ¡Irias a paso rápido (pero sin correr!) y le darías una buena paliza! Le preguntarías: «¿Es necesario que Murmurante Arroyo grite así? ¿Que alguien puede oírlo? ¿No se puede decir de alguna manera más baja, por ejemplo, llamándome por mi nombre?». Veo que os rascáis la cabeza, os miráis unos a otros y no entendéis nada. Yo os explicaré de qué va esto. ¡Porque si vuestra mujer prepara la comida y alguien se cuele en la comida, os quedará menos comida a vosotros! Seguramente pensáis que no pasa nada, porque luego siempre alguien os invitará de todos modos. ¡Sacáos eso de vuestras cabezas paleolíticas! Cuando llegue el verdadero Neolítico, ¡nadie os invitará nunca a nada! Seguramente pensáis que este Neolítico es un poco raro. ¿No se invitará a nadie? Al fin y al cabo, siempre se invitaba a amigos o vecinos. No se trata de no invitar a nadie. El hombre del Neolítico es muy sociable y podría invitar a gente a comer todos los días. Veo que tengo que explicaros una sutil diferencia. ¡La diferencia está en a quién invita! El hombre del Neolítico invita siempre, ante todo, a aquellos que son mejores que él. ¡Nunca, jamás, invitará a alguien que sea peor que él! Es muy importante que entendáis la diferencia. Una misma acción, incluso tan trivial como invitar a alguien a comer juntos un muslo de gacela, puede ser sabia o estúpida, dependiendo de si se invita a alguien mejor o peor.

Como veis, los nombres serán utilizados con frecuencia también por los pueblos del Neolítico, pero esto tiene una profunda justificación. ¿Alguna vez os habéis preguntado quién os puso el nombre? Seguramente muchos de vosotros ni siquiera recordáis quién fue. Ese nombre se puede cambiar, o alguien os lo puede cambiar, por ejemplo, si hacéis algo que merezca la pena contar alrededor de una hoguera, o incluso pintar en la pared de una cueva. Pero, en principio, cualquiera puede poner un nombre. ¿Entendéis ya la diferencia? ¡En el Neolito, los nombres los pondrán exclusivamente las personas mejores! Como ya sabéis, las personas que son mejores que las demás tendrán en el Neolito tal poder que incluso el jefe de vuestra tribu se quedaría ahora aquí con la boca abierta, igual que, sin exagerar, cada uno de vosotros, si tan solo se le ocurriera. El derecho a poner un nombre lo tendrá solo el Hombre Superior de Neolito y se lo pondrá al Hombre Inferior de Neolito. Pero, ¿cuántas veces se le puede poner nombre a una persona? En realidad, bastaría con una vez, y aun así, quien lo reciba se enorgullecerá y alardeará de él, porque se lo ha puesto alguien Mejor. Se sentirá en deuda con quien se lo haya puesto, ¡como si este le hubiera dado un montón de comida! Y, sin embargo, ese Ser Superior no hizo nada de eso, solo le dio un nombre. Y aquí llegamos a los Títulos. Como podéis imaginar, un Título, al igual que un nombre, no puede ser otorgado en el Neolito por cualquiera. Un Título que os otorgue alguien inferior no es un Título en absoluto y no tiene la más mínima importancia. En cambio, ¡un Título que os otorgue alguien superior a vosotros funciona como el aroma de la carne asada en la hoguera! ¡Por un Título así, un hombre del Neolítico iría hasta el fin del mundo! Os sorprendéis y volvéis a miraros con incredulidad, pensando: «¿Para qué iría alguien hasta el fin del mundo, si aquí hay todo lo necesario?». Os lo explicaré con otro ejemplo, sacado de la vida real. Cada uno de vosotros

aprendió a disparar con arco desde que era un cachorro y, para bien o para mal, todos sabéis disparar con arco. ¿Y cómo se sabe que sabéis hacerlo? «¿Cómo se sabe?», diréis; «pues, ¡el que sabe disparar con arco suele dar en el blanco!». ¡O incluso casi siempre, y desde una gran distancia! En el Paleolítico podías pensar así. Pero para cualquier persona —repito, cualquier persona del Neolítico— que, por ejemplo, reciba de alguien mejor el título de «Tirador Implacable», será obvio que él dispare con arco mejor que cualquiera de vosotros. De nuevo cometéis ese viejo error paleolítico al preguntaros de dónde lo sabe. Pensáis que debe de haber algo de cierto en ello, ya que él lo cree así. ¡No, no y mil veces no! Él pensará eso, aunque nunca en su vida haya disparado un arco y ni siquiera sepa cómo se tensa el arco. Si disparara a un blanco inmóvil situado a cinco pasos de él, podría estar disparando todo el año y no acertar ni una sola vez, ¡pero creería firmemente que es un tirador excelente! ¡El arquero por excelencia! ¿Por qué pensará así, os preguntaréis? ¡Porque tiene el Título! Si algún chaval adolescente disparara también a un blanco con el arco en su presencia, y además diera en el blanco, ¡el que ostenta el título de «Tirador Implacable» no le felicitaría en absoluto! Al contrario, ¡se sentirá ofendido por ello! Se sentirá tan ofendido como si ese mocoso le hubiera disparado a él! Sentirá como si esa flecha le hubiera dado justo en el corazón a él, y no al blanco inmóvil, situado a cinco pasos de distancia. El hecho de que él mismo no sea capaz de tensar el arco no tiene la menor importancia. ¡Está dispuesto a abalanzarse sobre el mocoso a puñetazos porque lo ha ofendido al menospreciar su título! Como si solo él tuviera derecho a disparar con el arco. Bueno, a sus ojos, los demás también pueden disparar, siempre y cuando nunca den en el blanco. En el Neolítico, si sabéis que alguien lleva el título de «Tirador Implacable», lo mejor es no darle un arco. Y si lo veis con un arco en las manos, lo sensato es alejarse a algún otro lugar más interesante. ¿Por qué, os preguntaréis? Por una razón muy simple. ¡Un hombre del Neolítico con el título de «Tirador Implacable», por mucho que dispare, puede que acierte en algo! Y si por casualidad os diera a vosotros, por ejemplo, ¡afirmaría que os estaba apuntando a vosotros! Que corriais hacia él con malas intenciones, gritando palabras ofensivas, y que él, gracias a su título y a la extraordinaria destreza como tirador que dicho título garantiza, frustró vuestras intenciones.

Creo que esto puede resultaros un poco difícil de entender, porque requiere cierto conocimiento de la sutil psique del hombre neolítico. Os lo explicaré con un ejemplo más sencillo. Creo que este os resultará más fácil de entender. Decidme, ¿en qué pensáis con más frecuencia, muchas veces al día? Me refiero, claro está, a las mujeres. Casi todos vosotros tenéis a alguna mujer que os cuida. Y os habéis acostumbrado a hacer con ella lo que os plazca, a la vista de todos. No os da ninguna vergüenza, os da igual si alguien os ve a los dos o no. En Neolita será completamente diferente. Lo que pensáis una y otra vez estará permitido, por supuesto, ¡pero solo con una mujer que ostente un Título especial! No se dirá «mi mujer», como hasta ahora, sino que se utilizará ese Título. Una misma cosa será buena o mala, dependiendo de si la mujer en cuestión ostenta ese Título o no. Es un poco como con el Título de «Arquero Infallible». Si alguien no tiene el título, más vale que no dispare en su presencia, porque se ofenderá mortalmente. Imaginad ahora que una mujer se lo ha pensado mejor y ha llegado a la conclusión de que aquel a quien eligió no sirve para nada. Sabéis bien que eso pasa a veces. ¿Qué haríais si ella viniera a alguno de vosotros y dijera que, después de todo, lo prefiere a él? En principio, pensáis que no hay problema, solo que habría que regalarle algo al otro para compensarle por la pérdida. Eso es lo que pensáis, ¿verdad? ¡A nadie en Neolita se le pasaría por la cabeza! El hecho de que ella se haya acercado a alguno de vosotros estará totalmente prohibido en Neolita, porque, al fin y al cabo, ella tiene un Título, lo que significa que es su mujer, ¡y no la vuestra! Ese Título se puede anular, pero ni vosotros podéis hacerlo, ni ella, ni siquiera su ex. Solo el Chamán Más Importante puede hacerlo, y eso puede costar una fortuna en carne, y más de uno perderá por ello el trabajo de toda una vida. Quizá os parezca que perder el trabajo de toda una vida no es ningún problema, porque de todos modos nadie tiene más de lo que puede cargar con toda la familia, y de vez en cuando os trasladáis de un lugar a otro. Para un hombre del Neolítico, perder «el fruto de toda una vida» es lo peor que le puede pasar. En cuanto a los títulos, serán muy importantes, increíblemente costosos, y cada

hombre del Neolítico estará firmemente convencido de que su título es el único y definitivo testimonio de su valor.

Volvamos, pues, a nuestro ejemplo, con esa mujer que ha elegido a alguno de vosotros, aunque ya tiene el título de ser la mujer de otro. En primer lugar, y lo más importante, ¡bajo ningún concepto se puede ir con el otro! ¿Por qué? ¡Porque él es peor! Ya os lo he explicado muchas veces. Si ella ha acudido a alguno de vosotros, el que la ha recibido es mejor, y el otro es peor. Un verdadero hombre del Neolítico incluso podría tomarse la molestia de acudir a su rival, pero solo para, por ejemplo, hacerle algún gesto ofensivo. Los gestos ofensivos son una especie de ritual neolítico. Cada hombre del Neolítico, cuando le hace un gesto ofensivo a alguien, se anima muchísimo de esa manera. ¿Por qué, os preguntaréis? Porque ese gesto demuestra de manera fehaciente que aquel a quien se lo ha hecho es peor que él. Y, por lo tanto, en la concepción del hombre del Neolítico, ¡constituye una prueba de que él es mejor! Seguramente os preguntáis si todo esto del Neolítico es realmente una buena idea. Porque, ¿cómo salir por ahí, por ejemplo, con la familia, digamos al bosque, cuando de detrás de cualquier árbol puede saltar un hombre del Neolítico y hacer un gesto ofensivo? Todavía no entendéis del todo en qué consiste realmente la esencia del Neolítico. Los hombres del Neolítico pueden ser muy educados. El problema es que lo importante es con quién son educados. Por supuesto, son educados con aquellos que son mejores que ellos, que no tienen que cazar y a quienes hay que llevarles la carne cazada con las propias manos. ¡Se desvivirán por mostrarles buenos modales y su simpatía! Para mostrar esos buenos modales y su simpatía, sin duda crearán gestos especiales, absolutamente nada ofensivos. Los utilizarán de forma casi instintiva. Y qué gestos, seguramente inventarán palabras especiales que no sirvan para nada más que para alegrar el ánimo de los superiores. No tenéis tantos términos para referiros a un mamut como los que tendrán los verdaderos hombres del Neolítico. ¡El sueño de todo hombre del Neolítico es que alguien mejor que él le dé una palmada en la espalda! El ritual de dar una palmada en la espalda en el Neolítico cambiará un poco de significado. Ya no significará «somos iguales». Ni mucho menos. El mejor puede dar una palmada en la espalda al peor y este se sentirá tan encantado como si no hubiera hecho otra cosa en todo el día que mostrar a todos los peores gestos insultantes. ¡Pero él mismo no puede darle una palmada en la espalda al mejor! ¡Ni siquiera se le pasaría por la cabeza! ¡Porque ese ritual, realizado por alguien inferior, sería tremendamente insultante para el que lo recibiera! Creo que por hoy es suficiente. El tema es difícil, intentad asimilarlo poco a poco. Como se suele decir, ¡el Neolítico no se construyó de un día para otro! Representad, por ejemplo, diferentes escenas en las que uno de vosotros sea superior y el otro inferior. Intentad imaginaros que, como personas del Neolítico, lleváis el título de «Cazadores de osos» o algo similar, pero sin exagerar. Esto no significa que debáis lanzaros inmediatamente sobre los osos con las manos desnudas. Para empezar, debéis intentar creer en el título más que en vuestra propia experiencia. Llegaréis a todo a su debido tiempo, sin forzar nada.

La liebre

En el siguiente capítulo de nuestra introducción al Neolítico utilizaremos un ejemplo que conocéis perfectamente. ¡Hablares de las liebres! Ya veo que asentís con la cabeza, comprendiendo. Pero ¿qué tiene que ver el Neolítico con las liebres, os preguntaréis? ¡Al fin y al cabo, el Neolítico es para los humanos, como intento demostraros, y no para las liebres! Si hasta hace poco ninguno de vosotros había oído hablar siquiera del hombre del Neolítico, ¿acaso querría ahora hablaros de la liebre del Neolítico? Nada de eso. Necesitaré a la liebre para explicaros los sutiles secretos del razonamiento del verdadero hombre del Neolítico. Respondedme primero a una pregunta sencilla: ¿qué hace la liebre cuando ve a alguno de vosotros? ¡Por supuesto, sale corriendo despavorida! En otras palabras, sale pitando lo más lejos posible de vosotros, ¡en dirección totalmente opuesta! ¿Y se ha preguntado alguno de vosotros por qué sale pitando la liebre? Pues bien, puede que la liebre no sepa disparar con arco, ni tender trampas, ni leer huellas, ni encender hogueras. Pero para cualquier liebre es obvio que quizá queráis coméroslo. Aunque ahora mismo no tengáis hambre, razona la liebre, seguro que mañana o pasado mañana os entrará hambre. Vosotros lo sabéis, y por eso lo sabe también la liebre, que no solo es una criatura muy sabrosa, sino también increíblemente rápida y bastante inteligente. Si veis un mamut y tenéis la despensa llena, seguramente lo dejaréis en paz. Un mamut así da mucho trabajo, matarlo requiere el esfuerzo de muchos cazadores y no siempre sale bien. Pero, ¿dejaríais en paz a una liebre? Al fin y al cabo, una liebre es una criatura pequeña. ¡Cada uno de vosotros se zamparía sin esfuerzo tres liebres de una sola vez! En realidad, más de uno de vosotros se comería incluso tres, pero como no conocéis números mayores que tres, y teniendo esto en cuenta para facilitaros la comprensión, ¡he hablado de tres liebres! El mamut tampoco quiere que se lo coman, igual que la liebre, pero ahí acaba el parecido. Si el mamut se enfada y tenéis la mala suerte de encontraros a su alcance, os convertirá en una mancha de sangre, ¡como bien sabéis! ¡Y una liebre así no puede haceros nada! Un mamut enfadado es una visión aterradora y, si alguno de vosotros ha tenido la oportunidad de verlo de cerca, ¡lo cuenta en cada fogata! ¡Y con cada relato, ese mamut se vuelve cada vez más grande! En cambio, la liebre, a diferencia del mamut, no puede haceros nada y lo sabe muy bien. ¿Qué se deduce de esto? Pues se deduce que la liebre debe tener miedo de vosotros.

¡Aquí es donde volvemos a ese ingenioso malabarismo, a esa asombrosa ligereza intelectual con la que todo hombre del Neolítico razona sin el menor esfuerzo! Cada hombre del Neolítico lleva a cabo este razonamiento de forma instintiva. ¡No hace falta explicárselo en absoluto! Pues bien, cuando un hombre del Neolítico ve a otro hombre, primero intenta determinar si debe temerlo o no. ¿Cómo puede un hombre temer a otro hombre?, se preguntarán. Al fin y al cabo, no se caza a los hombres, salvo en casos extremos, porque saben defenderse y no saben muy bien a qué saben. Entonces, ¿de qué hay que temer aquí? Pues bien, el hombre del Neolítico no temerá que se lo coman, sino que le quiten algo y se vayan sin darle nada a cambio. ¿Cómo es posible?, se preguntarán. Créanme. Al fin y al cabo, si a alguien se le quita algo, ¡hay que darle algo a cambio! —eso es lo que seguramente piensan. En el Neolítico, como he intentado demostraros, será todo lo contrario. Respondedme a esta sencilla pregunta. ¿Conocéis algún término, me refiero a una sola palabra, que signifique precisamente esta acción: «quitarle algo a alguien sin darle nada a cambio y marcharse»? ¡No conocéis tal palabra! ¡En vuestro pobre vocabulario paleolítico no hay ni una sola palabra que describa esa acción! Cuando habláis de mamuts, tenéis más términos de los que podéis contar con los dedos de las manos, porque, al fin y al cabo, se dice de una forma diferente para un viejo mamut solitario, otra para una hembra que gobierna la manada, otra para una manada de mamuts con crías, y otra para un grupo de machos jóvenes que han sido expulsados de la manada... Bueno, vosotros mismos lo sabéis bien, no hace falta que os lo explique. ¡Y para una acción tan sencilla como «quitarle algo a alguien, no darle nada a cambio y marcharse», no tenéis un solo término! Seguramente pensáis que, como llevo tanto tiempo hablando de esto, significa que el hombre del Neolítico inventará tal término. ¡Que será capaz de definir esta peculiar acción con una sola palabra y que no se lo pensará dos veces! No apreciáis lo

suficiente el Neolítico. A pesar de mis esfuerzos, no sois capaces de imaginar toda la genialidad, todo el ingenio que caracteriza a la mente del hombre del Neolítico. ¡No solo conocerán esa palabra! ¡Conocerán muchas palabras así! Tendrán tantos términos para esa actividad que podrían usar uno diferente cada día, ¡y tardarían mucho tiempo en agotarlos!

Supongamos, pues, que un hombre del Neolítico os ve y piensa que podríais quitarle algo, sin darle nada a cambio, y marcharos. ¿Cuál sería su reacción? ¡Más o menos la misma que la de una liebre al veros a cualquiera de vosotros! ¡El hombre del Neolítico se quedaría aterrorizado! ¡Se quedaría sin habla del susto! Intentará esconderse lo antes posible, huir y, bajo ningún concepto, os invitará a su hoguera. Y ahora imaginad que, en lugar de ir así, con las manos vacías, alguno de vosotros lleva precisamente dos liebres. Bueno, ha tenido suerte en la caza y regresa con su presa al campamento. ¡La reacción del hombre del Neolítico será completamente diferente! En primer lugar, y lo más importante, mirará a su alrededor con atención para ver si nadie os ve. En segundo lugar, sonreirá radiante, se acercará a vosotros y os saludará cordialmente. Será increíblemente amable y, sin perder tiempo, os invitará a su cabaña, aunque —como de pasada— os indicará que escondáis de alguna manera esos dos conejos, porque, al fin y al cabo, alguien podría veros con ellos. En su cabaña os tratará con amabilidad. ¡Y qué amabilidad! Nunca habéis tratado a vuestro mayor jefe con tanta reverencia como con la que os tratará este hombrecillo de aspecto insignificante. Seguramente os preguntáis: ¿de dónde viene este cambio? ¿Por qué un momento está dispuesto a esconderse y no decir ni una palabra, y al siguiente es tan amable que os quedáis atónitos con todo ello, porque nadie os ha tratado así nunca? Pues bien, os revelaré un secreto. ¿Sabéis a qué se lo debéis? ¡Lo han provocado esos dos conejos que habéis conseguido cazar! ¿Cómo pueden hacerlo dos liebres cazadas, es decir, ya muertas? Al fin y al cabo, ¿las liebres muertas no se mueven? Y si no se mueven, ¿ni siquiera son capaces de saltar por su propio pie? Supongamos por un momento que esto ocurre de verdad, que vuestras dos liebres cobran vida de forma misteriosa y se van saltando por su cuenta. ¿Qué pasará entonces? Yo os diré lo que pasará, porque por vuestras caras de desconcierto veo que no hay posibilidad de que se os ocurra por vosotros mismos. En tal caso, abandonaréis la cabaña de este buen hombre más rápido de lo que jamás habéis abandonado una cueva, ¡al convenceros de que en ella vive una manada de leones de las cavernas! Aún tenéis la oportunidad de ver algún gesto ofensivo por parte de vuestro anfitrión, así como de escuchar una serie de expresiones curiosas y originales que tendrán una característica en común: ¡en su opinión, todas serán tremendamente ofensivas! ¡La diferencia radica en que todo, pero absolutamente todo hombre del Neolítico cree que quien tiene algo es mejor que quien no lo tiene! ¡Vosotros teníais esas liebres y, por lo tanto, por un momento fuisteis mejores! Si por arte de magia cobraran vida y se marcharan saltando, ¡en un instante perderíais todo vuestro valor a sus ojos! ¡No se trata de que se estuviera muriendo de hambre, de que no hubiera visto una liebre en años, o de que tenga una predilección especial por la carne de liebre asada! ¡En absoluto! Al ver vuestras dos liebres, os habría invitado a su cabaña, aunque llevara un mes alimentándose únicamente de carne de liebre. Lo habría hecho, aunque ya no pudiera ni mirarlos, ¡por no hablar de comerlos! Seguramente pensáis que la gente del Neolítico es un poco rara. ¿Para qué le sirve una liebre si no quiere comérsela? ¿Acaso querría ahumarla, guardarla para más tarde, compartirla con alguien más? Nada de eso. Me resultará más fácil explicarlo paso a paso. Imaginad que las liebres no han vuelto a la vida y, por lo tanto, no se han escapado, estáis sentados en la cabaña con vuestro anfitrión y él os trata como si acabaseis de otorgarle algún título. Quizá este no sea un ejemplo muy acertado; tomemos otro. Digamos que os trata como si acabarais de salvarle la vida en una cacería, lo hubierais llevado herido en brazos hasta el campamento y, además, le hubierais dado algún manjar. Entonces podría ocurrir fácilmente que se os ocurriera la idea de regalarle una liebre. Os conozco y sé que esto os parece totalmente normal. ¿Qué haría un hombre del Neolítico en tal caso? Tendría un problema. Y, a decir verdad, tendría varios problemas. En primer lugar, y lo más importante, querría esconder rápidamente esa liebre en algún sitio. Pero no podrá alejarse mucho, porque temerá que os llevéis algo que le pertenece sin darle nada a cambio y que luego os marchéis rápidamente a otro sitio. ¿Cómo se le ocurrirá algo así? ¡El hombre del

Neolítico es capaz de llevar a cabo un razonamiento tan complejo de forma totalmente instintiva! Además, os dará a entender que no tiene sentido que le mencionéis a nadie lo de la liebre que le habéis regalado. ¡Porque él no solo quiere tener la liebre! ¡Quiere además, por si acaso, que ninguno de sus vecinos se entere de que acaba de recibir una liebre! Puede que incluso les enseñe él mismo esa liebre, si lo considera oportuno, ¡pero lo más probable es que no les diga en absoluto que fue un regalo vuestro! ¡Les dirá que lo cazó él mismo! Por supuesto, con sus propias manos, tras una lucha encarnizada en la que el mencionado conejo salió derrotado estrepitosamente. Tumbado en el polvo, el conejo derrotado le suplicó en vano que le perdonara la vida. Sin embargo, se resignó a la muerte, e incluso se sintió orgulloso de que se lo fuera a comer un hombre neolítico tan magnífico, ¡esa encarnación del ideal neolítico de todas las virtudes que es vuestro anfitrión! En realidad, para un hombre neolítico no es tan importante de dónde ha sacado esa liebre. Bien podría haberla encontrado simplemente en algún lugar. ¡Lo importante es que él tiene una liebre! ¡Y aún más importante es que los demás no la tienen! Y si a alguien le hubiera tocado tener una liebre, esa liebre no sería nada en comparación con la liebre de vuestro anfitrión! Si se lo cuenta a alguien, ¡ese conejo que ha recibido de vosotros no será en absoluto un conejo cualquiera! ¡Será el Conejo de los Conejos, el Mejor Conejo de Todo el Mundo Plano! ¡Será el Gran Chamán Conejo, que durante toda su vida no ha hecho otra cosa que mostrar gestos ofensivos a otros conejos! ¡Y qué decir de las liebres! Los osos huían ante él a los árboles como ardillas, aprovechando astutamente el hecho de que las liebres no saben trepar a los árboles. Era una liebre a la que todos los tigres dientes de sable de la zona le llevaban todo lo que lograban cazar. Y él aceptaba impasible sus tributos, solo de vez en cuando dándole una palmadita en la espalda a uno u otro tigre de dientes de sable. Mientras se inventa estas historias en la cabeza, vuestro anfitrión os tendrá todo el tiempo vigilados y, al mismo tiempo, pensará intensamente en una sola cosa. ¡Nunca adivinaréis en qué estará pensando! Pero no pasa nada, yo os lo explicaré todo. Estará pensando... ¡en esa otra liebre! Para un hombre del Neolítico, la situación es obvia. Si le habéis dado algo y él no os ha dado nada, eso significa que sois peores que él. Si sois peores que él, ¡entonces no le habéis dado vuestra liebre! De hecho, considerará que era su liebre, ¡que le correspondía por derecho! Que esa liebre llegó a vuestras manos de alguna manera indefinida, que ni siquiera hace falta indagar, ¡pero que su verdadero destino era el estómago de vuestro anfitrión! Seguramente diréis: ¿cómo va a ser suyo un conejo que habéis cazado vosotros? ¡Si él hubiera cazado, digamos, un tejón, ese sería su tejón, y no el vuestro! Aún no comprendéis del todo la elegancia del pensamiento neolítico. El hombre del Neolítico razonaría así: si teníais dos liebres y le disteis una, ¿para qué coño os servía la otra? ¿Por qué no le disteis las dos? ¿Acaso no queríais ofenderlo, humillarlo, equipararlo de alguna manera a vosotros? Como diciendo: una liebre para ti y una liebre para mí, es decir, que ambos somos igual de buenos, tal y como lo son nuestras liebres? ¿No era vuestro regalo un insulto encubierto? ¡Al fin y al cabo, podíais, e incluso deberíais, haberle ofrecido dos liebres! Eso habría sido lo más justo, porque entonces él tendría más, sería dos liebres más rico, y vosotros os desvaneceríais en la nada. Pero no tanto como para no tener la oportunidad de presenciar algún gesto insultante y escuchar una serie de palabras curiosas, pero igualmente insultantes.

Gacek-Lisica

A todos vosotros, sobre todo cuando erais jóvenes, os habrá pasado alguna vez que os quedabais embobados con solo ver a una chica. Bueno, simplemente se quedaba embobado. Por ejemplo, no era capaz de acertar con el arco a un blanco inmóvil situado a unos pocos pasos, no picaba ningún pez y, en general, se comportaba como si fuera la última víctima, aunque normalmente acierta con una piedra a una ardilla. Por lo general, a alguien así no le sabe bien nada y, mire donde mire, solo ve a esa chica. La ve incluso cuando debería concentrarse un poco en la caza. Y se vuelve tonto con solo pensar en ella, aunque si la miras bien, no tiene nada de extraordinario. Ni cocina especialmente bien, ni sabe de setas, ni sabe limpiar bien la piel de los animales y, en general, aún tiene mucho que aprender. Sabéis bien que algunas setas son venenosas, pero él estaría dispuesto a comerse sin pensarlo dos veces cualquier cantidad de las setas más venenosas, si tan solo supiera que las ha preparado precisamente esa chica. Esta es una situación en la que ningún hechizo de vuestro chamán tribal serviría de ayuda. Si él acudiera con su problema a vuestro chamán, este, aunque en general es un hombre tranquilo, ni siquiera le dejaría sentarse cómodamente en su cabaña. El chamán solo le diría que se la llevara y que no le molestara, y luego, como buen chamán, gritaría: «¡El siguiente!». No os lo vais a creer, ¡pero esta situación será el tema principal de las historias de la Gente del Neolito! Cada uno de vosotros pasa la mitad de su vida cazando, así que, alrededor de la hoguera, habla principalmente de cómo le ha salido cazar algo. Como ya sabéis, la mayoría de la Gente del Neolito probablemente no sabrá cazar. Algunos de ellos no sabrán hacer nada en absoluto, solo vivirán de ser mejores que los demás. Por eso se contarán menos historias de caza y más de lo que entre nosotros suelen contar las mujeres. No creo que haya en vuestro campamento ninguna mujer a la que no le guste recordar a las demás cómo alguno de vosotros, en su juventud, se volvía loco con solo verla. A quien más le gusta contarlo es a aquella que fue secuestrada en su día, y la mayor parte de su relato siempre la ocupa la descripción de cómo se defendió con uñas y dientes ante ese secuestro. Pero al final le perdonó la vida al secuestrador, porque, al fin y al cabo, si no lo hubiera hecho, ¿cómo iba él a secuestrarla? Así que él la secuestró, y luego vivieron felices para siempre. En las historias de los Neolíticos, el secuestro es un asunto delicado. Al fin y al cabo, en el Neolítico, como ya os he explicado, hay que ponerse de acuerdo ante todo con el padre de la mujer, y no con la mujer. Así que no hay mucho modo de secuestrarla. En nuestro caso, si un joven conociera a una chica y sintiera al verla esa afección con la que empecé este capítulo, ¡la secuestraría sin pensárselo dos veces! Y si se lo pensara y, por ejemplo, le dijera que la secuestraría mañana, porque ahora tiene que ir a cazar, mucho dependería de la impresión que le hubiera causado. Más de una dirá que se defenderá hasta el final y que no se atreva a secuestrarla, pero, de alguna extraña manera, mañana sentirá una necesidad irrefrenable de recoger flores y estará exactamente en el lugar acordado. Ya sabéis que eso es lo que suele pasar. Pues bien, en el Neolítico todas esas historias serán muy populares y yo os he preparado para hoy una de esas historias neolíticas. Primero os presentaré a su protagonista y luego comentaré en qué se diferenciará esta historia de los hombres del Neolítico de las historias de vuestras mujeres.

El protagonista de nuestra historia tiene que tener un nombre neolítico. ¡Y yo me he inventado uno para nuestro manual! Ante todo, ese nombre no debe recordaros a la comida, para que podáis concentraros en la historia en sí. Sabéis bien lo que es un Gacek, ¿verdad? Vaga por las cuevas, hay muchos, hace sus necesidades donde le da la gana y no es comestible. Pues ya tenemos a Gacek. ¿Y sabéis qué es una Lisica? Lo sabéis perfectamente, es una zorra, solo que hembra, y también es bastante incomestible, aunque en invierno tiene un bonito pelaje. Así pues, nuestro héroe neolítico se llamará «Gacek-Lisica». Esta historia no es muy larga. Nuestro Gacek-Lisica se vuelve tonto con solo ver a una chica y, en lugar de secuestrarla, se pone de acuerdo con su padre. ¡Por supuesto, no le dirá ni una palabra a ella! Recordemos que Gacek-Lisica es un hombre del Neolítico, como, por cierto, todos los protagonistas de mi historia. El padre de la chica le dará unas palmaditas en la espalda a Gacek-Lisica, más o menos por las razones que describí en el capítulo anterior. Por eso, Gacek-Lisica estará

convencido de que ya tiene a la chica en la cabaña. ¿Recordáis mi ejemplo de las dos liebres que alguno de vosotros cazó y que luego revivieron y se fueron saltando por su lado? Algo parecido sucederá en mi historia sobre Gacek-Lisica, porque el padre de la chica cambiará de opinión y hará algo que Gacek no espera. Es, lo admito, un poco como con esos osos que se suben a los árboles para escapar del Conejo de los Conejos. Pero supongamos que Gacek no se lo esperaba, aunque en realidad debería haberlo hecho. ¿Sabéis lo que hizo el padre? ¡El padre le hizo un gesto ofensivo a Gacek-Lisica! ¡Eso significaba que Gacek, que al principio era mejor, de repente se había vuelto peor! ¿Qué hace entonces Gacek-Zorro? ¡Agarra el arco y, casi sin apuntar, mata al padre de la chica de un solo flechazo! Después, por supuesto, se convertirá en chamán o algo así, eso no es tan importante. ¿Creéis que el Hombre del Neolito no se creará una historia así? ¡Se la creará sin el menor problema! ¿Por qué no iba a creerla? Diré más: ¡los hijos de todo hombre del Neolítico se aprenderán esta historia de memoria, en lugar de dedicarse a algo útil! Junto a cada hoguera recitarán fragmentos de ella, por ejemplo, que el padre de la chica «gritaba junto a la hoguera, mientras asaba el solomillo, que no tenía mejor amigo que Gacek-Lisica!». Por supuesto, lo hacía antes de cambiar de opinión y hacerle a Gacek ese gesto ofensivo. ¡Los padres de esos niños recibirán palmadas en la espalda de los más sabios por esa recitación! Todos estarán orgullosos como nunca de que uno de ellos, Gacek-Lisica, fuera un héroe tan magnífico que, con un solo disparo, se ganara la antipatía del padre de la chica, de la chica y, para colmo, ¡de sí mismo! ¡A sus ojos, será un logro tan grande como si él mismo hubiera matado a un mamut a puñetazos y luego hubiera traído a ese mamut —de una sola pieza— al campamento en sus propias manos!

En toda esta historia hay una cuestión delicada. ¿Por qué Gacek no secuestró a esa chica para que se convirtiera en su mujer? Al fin y al cabo, cualquiera de vosotros habría hecho lo mismo, ¿no es así? Yo mismo no estoy seguro de cómo resolverlo para que cualquier hombre del Neolítico se lo crea. Ya se me ocurrirá algo. Porque, si Gacek hubiera llegado, por ejemplo, al lugar acordado desde donde iba a secuestrarla, y ella, por supuesto por pura casualidad, estuviera allí recogiendo flores, la situación no habría tenido un final feliz. ¡Al fin y al cabo, Gacek-Zorra no puede decirle así sin más a la chica que no la va a secuestrar porque tiene miedo de que eso le haga daño! Antes de que terminara de hablar, tendría que empezar a salir corriendo como una liebre, o incluso más rápido, porque muchas chicas disparan bastante bien con el arco, como bien sabéis. Antes de que terminara de recitarle esa justificación de por qué no puede secuestrarla, aunque le apeteciera mucho, ¡él mismo podría acabar pareciendo un puercoespín! Además, las flechas suelen tener púas, así que es difícil sacarlas. Sería más fácil rematarlo para que no se cansara. No digo que mi relato neolítico esté pulido hasta el último detalle. Pero tiene cierto potencial, sobre todo desde el punto de vista del Hombre del Neolítico.

El jefe

Todos sabéis quién es vuestro jefe. Se podría decir que es la persona más importante de vuestra tribu. ¿Significa eso que es mejor que vosotros? Lo pregunto en el sentido en que lo entiende el hombre del Neolítico. Pues no. ¿Cómo sabe el hombre del Neolítico que alguien es mejor que él? ¡Es muy sencillo! ¡Por el hecho de que tiene más! Y vuestro jefe tiene más o menos lo mismo que cada uno de vosotros. Si no fuera por ese collar especial y por el hecho de que todos le escucháis, a nadie se le ocurriría que él se distingue de alguna manera. Si alguien le dijera a él mismo que es mejor, no sabría muy bien a qué se refiere. Es un viejo chocho y no me tiene mucho cariño porque os estoy introduciendo en los secretos del Neolítico. Seguramente piensa que es algo absolutamente inútil, porque así os alejo de la caza. No lo dirá, porque temerá que quizá haya algo de cierto en todo eso del Neolítico. ¡Tendrá miedo de quedar como un idiota ante toda la tribu! Pero esos son sus pensamientos. Decidme ahora, ¿por qué le hacéis caso? ¡Os habéis quedado otra vez boquiabiertos y os miráis unos a otros, porque esa pregunta nunca se os había pasado por la cabeza! Bueno, así son las cosas, a veces se escucha al jefe, a veces a la mujer. Y a veces simplemente hay que pensar por uno mismo. Además, diréis, él sabe hacer un montón de cosas, y si no sabe hacerlas él mismo, recuerda quién de vosotros las hace mejor. Sabe a quién enviar para rastrear a algún animal, a quién para encender la hoguera o para pescar. Sabe quién prepara mejor una emboscada y a cuántas personas hay que enviar a algún sitio con arcos o lanzas. Se traza en la cabeza todo el plan de caza, conoce los hábitos de los animales y recuerda lo que pasaba cuando aún era un cachorro y ni se le pasaba por la cabeza que llegaría a ser jefe. Vuestro jefe es el más importante y todos le hacéis caso, porque sabe lo que hace. En toda vuestra tribu hay quizá otros dos o tres como él, y todos son los mejores amigos. Al líder no le supone ningún problema que ellos también sepan lo que él sabe y lo que más le gustaría sería sentarse con ellos junto a la hoguera y recordar los viejos tiempos. Incluso cuando no sale a cazar solo, recurre a soluciones avanzadas, como un palo con muescas, para comprobar si todos han regresado sanos y salvos. Si a alguno de vosotros le pasara algo malo, se lo tomaría muy a pecho y pensaría que quizá él la ha cagado o que no ha estado atento a algo. Su mujer a veces os pedirá que le llevéis algo para que coma algo, porque se queda sentado enfadado como un oso y piensa que todo es culpa suya. En otras palabras, aunque él no me tiene mucho cariño, debo decir que es un tipo bastante decente. Por supuesto, en vuestro sentido, es decir, en el sentido paleolítico. Ya sabéis que si le pasara algo, uno de vosotros tendría que ocupar su lugar. Ese nuevo jefe tendría que pensar en todo y aprender muy rápido un montón de cosas nuevas. Todos empezaríais a escuchar a este nuevo. Ayudaríais más al nuevo que al otro, porque, al fin y al cabo, es nuevo, y el otro se las había apañado de alguna manera durante muchos años. Y además tendríais un miedo de muerte a que el nuevo no se las arreglara.

Como ya he intentado demostraros en numerosas ocasiones, en Neolita todo será completamente diferente. Seguro que lo recordáis, porque os lo mencioné una vez, que habrá un montón de comida, muchísima gente y campamentos enormes. Seguramente pensáis que, si al frente de un campamento así hay un jefe, ¡ese sabrá de todo! Que conocerá a cada persona de ese enorme campamento por su nombre y se preocupará por cada uno aún más de lo que vuestro jefe se preocupa por vosotros. Que no dormirá en absoluto, que usará palos estriados de la longitud de un pino y se preocupará por vuestra seguridad. Seguramente os imagináis que cazará él solo para todos, ¡y que matar un mamut de un solo flechazo será pan comido para él! Por desgracia, tengo que decepcionaros. ¡Pues bien, el jefe de una tribu neolítica no sabrá nada de nada! No me refiero a que tenga problemas para leer las huellas de los animales, ni a que no sepa pescar o disparar con el arco. Probablemente ni siquiera recordará su propio nombre, y para enumerar sus títulos contará con ayudantes especiales, a quienes dará palmaditas en la espalda a cambio. ¡Todos ellos nadarán en la opulencia y comerán la mejor carne varias veces al día! Además, se considerará el mejor de todos vosotros y ni se le ocurrirá esforzarse mentalmente para usar tecnologías tan avanzadas como un palo estriado, ¡para comprobar si todos habéis regresado sanos y salvos de la caza! Si os pasa algo malo, por ejemplo, si os devora un

tigre dientes de sable, ¡eso no le estropeará el humor en lo más mínimo! Simplemente enviará a otros cazadores. ¡Quizás les dé la orden más extraña que a vuestro jefe ni se le habría ocurrido! ¡Quizá, por ejemplo, os ordene que intentéis morder al tigre dientes de sable con vuestros propios dientes, sin permitir os llevar ningún arma a la caza! ¿Creéis que podréis pedirle, como le pediríais a vuestro jefe, que os enseñe cómo se hace? Ni hablar. ¡En Neolita no se os permitirá hablar en presencia del jefe! ¡Tendréis que cumplir cada una de sus órdenes sin la más mínima objeción! ¿Pensáis acaso que es un chollo y que cualquiera de vosotros podría ser un jefe así? Porque si no hay que saber hacer nada, se puede atiborrarse y dar las órdenes más estúpidas, ¿qué más se puede pedir? El problema es que ninguno de vosotros puede ocupar su lugar! ¿Por qué no podría, os preguntaréis? Al fin y al cabo, el puesto de vuestro jefe puede recaer en cualquiera de vosotros, pero a nadie le apetece pensar y planificar tanto, así que para todos es un último recurso. Pues bien, tal y como pensáis, ocupar el puesto de jefe neolítico estará sujeto a las prohibiciones más severas. Si el jefe neolítico empieza a sospechar que alguien tiene ganas de su puesto y de todos los títulos, que existe en todo el gran campamento aunque sea una sola persona a quien se le pueda ocurrir eso, ¡su primera orden será que lo atrapen y lo traigan! De ninguna manera para charlar con ese aspirante, ni para hacerse amigo suyo, ni para invitarlo a su fogata. Sean cuales sean sus siguientes órdenes, todas tendrán una característica en común: harán que ese aspirante comience a lamentar amargamente haberse leado a tal idea. ¡El jefe dará órdenes para que las deficiencias de esa idea no pasen desapercibidas para nadie en el campamento! Todos en todo el enorme campamento neolítico llegarán muy pronto a la conclusión de que es mejor morir de hambre o intentar morder a un viejo tigre dientes de sable que pensar en ocupar el puesto del jefe neolítico.

Bueno, estaréis pensando. Pero ¿no se deduce de todo esto que ese jefe neolítico va a quedar un poco como un idiota? ¿Qué clase de jefe es ese, si no sabe hacer nada, no se preocupa por nadie y lo que más teme es que alguien ocupe su lugar? Recordadlo de una vez por todas. ¡En el Neolítico, un jefe así es mejor que cualquier otro ser humano de todo el campamento! ¡Aunque allí vivieran más personas que hormigas en el hormiguero más grande que hayáis visto jamás! ¡Es simplemente el mejor de todo el Mundo Plano! El Neolítico tiene la particularidad de que aquel que es mejor nunca, pero nunca, queda como un idiota. ¡Nadie se ríe de él ni bromea a su costa! Quizá os resulte difícil de entender, porque muchos de vosotros caéis en esa costumbre paleolítica de burlaros de cualquiera, sin ahorraros ni siquiera a vuestro jefe, ¡y eso en su propia presencia! ¡A menudo incluso os burláis de vosotros mismos! ¡Un jefe neolítico nunca haría eso! Porque, si se burlara de sí mismo, por ejemplo, si admitiera que no es muy bueno con el arco, a alguien se le podría ocurrir que tiene razón. ¿Por qué? ¡Porque él siempre tiene razón, diga lo que diga! De ahí solo hay un paso para imaginar que alguien dispara mejor que él y que, en realidad, podría ocupar su lugar. Creo que, gracias a mis esfuerzos, poco a poco os está quedando claro con qué fenómeno tan complejo estamos lidiando. ¡Entender el Neolítico no le resultará fácil a nadie!

Los recolectores de carne

Seguramente muchos de vosotros ya pensasteis hace tiempo que con este Neolito hay algo que no cuadra. Que no vais a llevar ninguna carne a esos «superiores», porque, al fin y al cabo, se la guardarán para ellos y ni siquiera os dejarán olerla, aunque os muráis de hambre. ¡Pero si eso es tabú! ¿Cómo se puede guardar la carne para uno mismo y no compartirla? Lo mismo ocurre con matar a un hombre, sobre todo si es de la propia tribu: también es un tabú. Si alguien lo hiciera, lo echaríais del campamento a patadas para que se las apañara solo, porque no pensáis volver a confiar en él. ¿Cuánto tiempo vivirá un hombre así, expulsado del campamento? Depende. Si, por ejemplo, lo atrapa un oso, ¡muy poco tiempo! En tal situación, cualquiera de vosotros preferiría encontrarse con un tigre dientes de sable antes que con un oso, porque los tigres dientes de sable siempre matan primero a su presa, como bien sabéis, mientras que un oso así empieza a comérsela de inmediato. Del mismo modo, quitarle a alguien algo que le pertenece sin su consentimiento, ni siquiera a cambio de algún regalo, también es tabú. ¡Todas estas cosas están prohibidas! Cada uno de vosotros, si se os pasara por la cabeza una idea así, os lo pensaríais un buen rato antes de decidir si realmente vale la pena guardar comida para vosotros, o disparar a alguien, o quitarle algo sin su consentimiento. Y más de uno piensa que, si los mejores lo hacen en el Neolítico, ¡vosotros también podéis! Que cuando llegue el verdadero Neolítico, guardaréis la carne de los animales cazados para vosotros, no se la llevaréis bajo ningún concepto a los «superiores» para que os den una palmada en la espalda, ¡e incluso incluso le quitaréis a la gente lo que ellos mismos han cazado, sin pedir permiso y sin corresponder de ninguna manera! Más de uno de vosotros piensa que en el Neolítico se podrá matar a gente de vuestra propia tribu y romper todos los tabúes posibles, porque, al fin y al cabo, el jefe neolítico y sus ayudantes lo harán sin pestañear. ¿Y por qué no podéis vosotros?

¡Pues no tenéis razón! Hay un error en todo este razonamiento. Ese error se debe a vuestra profunda convicción de que cada uno de vosotros es igual que un jefe neolítico. Entiendo por qué pensáis así, no es culpa vuestra. Es culpa del Paleolito, en el que pasasteis tanto tiempo que dejó una huella imborrable en vuestras mentes. No es que guardar carne para uno mismo, lo cual es un tabú para vosotros, se describa con una sola palabra neolítica. ¡El hombre del Neolítico inventará al menos dos palabras completamente diferentes para tal acto! ¿Para qué le hacen falta dos? Porque si os guardáis para vosotros la carne de un animal que habéis cazado con vuestras propias manos y no se la lleváis al jefe neolítico para que alguno de sus ayudantes os dé una palmada en la espalda, ¡para eso hará falta al menos una palabra! Esto supondrá, por supuesto, romper un tabú, una grave violación de las reglas del campamento neolítico. Pensáis que es difícil, que como mucho os pillarán y os echarán del campamento a patadas. Os iréis y quizá consigáis encontrar algún otro campamento neolítico antes de que os encuentre, por ejemplo, algún oso hambriento. Pero os he dicho que el hombre del Neolítico inventará al menos dos palabras para eso. ¡Esa segunda palabra, para exactamente la misma acción, es decir, guardar carne para uno mismo, se usará en referencia a los más privilegiados! ¡Y eso no será un tabú en absoluto! ¡Cuando ellos lo hagan así, será algo obvio para todos! El hombre del Neolítico no se dará cuenta en absoluto de que se trata de la misma acción, solo que utiliza dos palabras diferentes para ella, una de las cuales es tabú y la otra no, dependiendo de quién la realice. Esto no se limitará solo a guardar carne para uno mismo. También habrá dos palabras diferentes para matar a un hombre de la propia tribu. Y, como podéis imaginar, si vosotros matáis a alguien, será tabú, pero si lo mata un jefe neolítico, será totalmente correcto y justo. ¡Ni siquiera lo echarán del campamento por eso! ¡Ni siquiera se les pasará por la cabeza! Dirán que al que ha sido asesinado se lo merecía. Que él mismo tiene la culpa, porque se guardaba carne para sí mismo o porque infringió algún otro tabú. Incluso si se guardó un trocito de carne para él, los mejores dirán que ha infringido todos los tabúes neolíticos posibles. Que su intención era devorar al jefe neolítico, ocupar su lugar y obligarlos a todos a cazar, aunque ellos, al fin y al cabo, no tienen por qué hacerlo, pues eso se desprende claramente de que son mejores y ostentan los títulos correspondientes. Lo mismo ocurre con quitarle a alguien algo que le pertenece sin

su consentimiento y, por supuesto, sin ninguna compensación; y para esa acción, el Hombre Neolítico tendrá al menos dos palabras. Si alguno de vosotros hiciera eso, como podéis imaginar, sería un tabú. ¡Pero un tabú como si planeaseis hacer un gesto ofensivo al propio jefe neolítico, y antes un gesto igual de ofensivo a cada uno de sus ayudantes! ¡Y luego quisieseis devorarlos a todos, con el jefe neolítico a la cabeza, para ocupar su lugar! En Neolita habrá ayudantes especiales del jefe, cuya única ocupación será demostraros que eso era precisamente vuestra intención. Hablarán con tanta elocuencia y durante tanto tiempo sobre cuáles eran vuestras intenciones, que vosotros mismos os lo creeréis. Pensaréis que realmente queríais devorar al jefe neolítico, aunque esa es una forma poco práctica de matar a un hombre y sería mucho más fácil simplemente darle un golpe en la cabeza con una piedra. Todo eso sería consecuencia de romper el tabú más importante del Neolítico, es decir, quitarle a alguien lo que tiene sin su consentimiento y sin ninguna compensación. Y ahora pensad en qué pasaría si fuera el jefe neolítico quien realizara esa acción. ¡Por vuestras caras veo que ya empezáis a daros cuenta de algo! ¡Sí! ¡El jefe neolítico podrá quitarle a cualquier persona del campamento algo que le pertenezca, sin pedirle permiso y sin siquiera darle una palmada en la espalda por ello! ¡Y para describir esta acción se utilizará una palabra completamente diferente! No tendrá nada que ver con la primera palabra y no supondrá romper ningún tabú. ¡Ningún hombre del Neolítico será capaz de darse cuenta de que ambas palabras significan la misma acción! ¿Por qué la misma acción se denomina con dos palabras diferentes, siendo una de ellas tabú y la otra no? Porque el jefe neolítico es superior, por lo que él puede hacerlo, mientras que, en el caso de cada uno de vosotros, la misma acción sería un terrible atentado contra el orden que reina en todo el Mundo Plano. Pensáis que no pasa nada, porque, dado que en el campamento neolítico vivirán tantas personas como hormigas hay en el hormiguero más grande, al jefe neolítico le llevará un tiempo quitarles a todos lo que hayan cazado. Además, aunque fuera fuerte como un oso, no sería capaz de cargar con tanta carne para llevarla a su cabaña y guardársela allí. Al fin y al cabo, en muchos casos hay que despiezar esa presa in situ, sobre todo si se trata de un mamut adulto. Y si el jefe neolítico fuera incluso rápido como una flecha disparada con un arco y fuerte como tres osos, ¿de dónde sacaría una cabaña tan grande para que le cupiera toda esa carne? Ya empezáis a entender algo. Y en el Neolítico surgirán ciertos problemas que exigirán una solución inmediata. La cuestión es que todavía pensáis con las viejas categorías paleolíticas. El jefe neolítico ni moverá un dedo ni hará nada por sí mismo. De hecho, no sabría hacer nada con sus propias manos, porque, como os expliqué en el capítulo anterior, no sabrá hacer nada. De hecho, él lo entenderá perfectamente: si se pusiera a construir la cabaña él mismo, la fastidiaría y algo podría caérsele en la cabeza. Lo sabrá muy bien, aunque sin duda se otorgará a sí mismo el título de «Gran Constructor de Cabañas». ¿Qué hará entonces? ¡Unos ayudantes especiales le construirán una cabaña enorme! Otros ayudantes vigilarán esa cabaña día y noche, porque, al fin y al cabo, toda la gente del Neolítico en todo el campamento sabrá muy bien que allí está la carne. Quizá esto os parezca extraño, porque, al fin y al cabo, todos vosotros sabéis bien dónde está la carne en vuestro campamento; a menudo se seca a la vista de todos y nadie la vigila. ¡En el Neolítico, por ciertas razones, todos vigilarán todo! El jefe neolítico también encargará la recogida de carne a los cazadores que regresan de la caza a unos ayudantes especiales, los recaudadores de carne. Estos recaudadores de carne definirán su trabajo con esa palabra especial, que significa que, aunque quitan a la gente de todo el campamento lo que les place sin su consentimiento y no dan nada a cambio, ¡no rompen ningún tabú al hacerlo! Se dedicarán a su tarea con el mayor entusiasmo, porque, al fin y al cabo, podrán quedarse con un poco de esa carne para ellos, ¡e incluso tendrán la oportunidad de que les den una palmada en la espalda por ello!

La cabaña del Gran Espíritu

A todos os gustan las historias de fantasmas. Al fin y al cabo, ese es el número estrella de vuestro chamán. De vez en cuando cuenta historias de fantasmas junto a la hoguera, o cualquier otra cosa; y para eso es chamán, para contarlas. Todos creemos en los espíritus, por ejemplo, en los espíritus de los antepasados. ¿Por qué? Porque esas historias son interesantes. Además, es agradable charlar con el espíritu de un antepasado, por supuesto a través del chamán, aunque haya que ofrecerle algún manjar a cambio. ¿Alguna vez os habéis preguntado por qué creéis en los espíritus de los antepasados, pero ninguno de vosotros cree en el espíritu de la madre de vuestra mujer? Bueno, supongamos que la madre de vuestra mujer ya ha fallecido. ¿Qué hicisteis? Toda la tribu organizó su entierro. Quizá llevasteis, como es costumbre, algunas flores o algo más para ofrecérselas. El cuerpo de la madre de vuestra mujer fue preservado, cubierto, por ejemplo, con piedras, o incinerado, según la costumbre de vuestra tribu. ¿Pero alguien le daría al chamán siquiera una nuez por la oportunidad de hablar con su espíritu? ¡El chamán se quedaría atónito si alguien se dirigiera a él con tal petición! Lo contaría en muchas fogatas, porque es, en efecto, una historia de fogata. Pero él mismo nunca se le habría ocurrido, porque simplemente nadie cree en el espíritu de la madre de su mujer. ¿Os habéis preguntado alguna vez por qué es así? La respuesta es sencilla. Creéis en los espíritus de los antepasados, ¡pero la madre de vuestra mujer no es, al fin y al cabo, vuestra antepasada! Como se ve claramente, hay historias en las que se cree y otras en las que no se cree.

Imaginad ahora que alguno de vosotros se levanta en la próxima fogata y, tras la historia de fantasmas más increíble, le dice a vuestro chamán que no cree en esa historia. Y que, en realidad, no cree en ninguna de sus historias. Ni en la de que todo el Mundo Plano surgió de la caca de mamut, ni en la de que los primeros humanos nacieron de un huevo, en fin, en nada en absoluto. ¿Qué pasaría? El chamán, por supuesto, se enfadaría. Os diría que le besaseis la trompa al mamut y que ya no piensa entreteneros más. Que va con vosotros a cazar, os cura de enfermedades, recoge hierbas y, además, os cuenta historias interesantes, y aún así os quejáis. Además, tiene que explicarles a los jóvenes, que se vuelven tontos al ver a alguna chica, que se la lleven, como si su padre no pudiera explicárselo. Si no creéis en sus historias, contad las vuestras y creed en ellas, a él ya no le importa. Durante al menos tres días habría que rogarle que volviera a contar alguna historia de fantasmas, y decirle al mismo tiempo que ya os creéis todo, solo para que cuente algo más interesante, porque hay que reconocer que vuestro chamán tiene labia.

Como os imagináis, en Neolita será completamente diferente. No se trata de que todo el mundo crea en el espíritu de la madre de su mujer y le lleve golosinas al chamán para volver a oír lo que ella le diría si aún viviera. Todos sabéis perfectamente lo que diría, porque, al fin y al cabo, la madre de vuestra mujer siempre dice más o menos lo mismo. Cada uno de vosotros que tiene pareja sabe perfectamente lo que dirá la madre de ella antes incluso de que abra la boca. El Neolito es un fenómeno más sutil, aunque por mis relatos hayáis podido deducir que la gente del Neolito es un poco rara. Pero no serán tan raros como os podría haber parecido. Los hombres del Neolítico también creerán en diversas historias. La diferencia radica en que, cuando llegue el Neolítico, ya no será asunto vuestro si creéis en algo o no. Si un chamán neolítico cuenta alguna historia junto a la hoguera, más os vale creerla. Bajo ningún concepto debéis decirle que algo de su historia no os cuadra. Seguramente pensáis que, en caso de que pase algo, se ofenderá, igual que se ofendería vuestro chamán, y que, como mucho, tendréis que pedirle que no haga tonterías y que siga contándoos cosas interesantes. ¡No tenéis ni idea de lo equivocados que estáis!

Ahora concentraos, porque os voy a decir algo que quizá sea lo más difícil de entender de toda mi guía. Veréis, no es que los mejores del Neolítico no sepan hacer absolutamente nada. Tanto el jefe neolítico como los chamanes neolíticos dominarán a la perfección una habilidad especial que ninguno de vosotros posee, incluido vuestro chamán. Ni siquiera la mayoría de los hombres neolíticos comunes serán capaces de hacerlo, pero el jefe y los chamanes neolíticos lo harán instintivamente. Es más,

cuando entendáis en qué consiste, ¡os quedaréis boquiabiertos de asombro! Os lo explicaré con un ejemplo. Imaginad que en vuestra zona hay una cueva. Y, de repente, habéis llegado hasta ella y estáis de pie en su entrada. Os preguntáis si dentro hay, por ejemplo, un oso, o si no hay ningún oso. Ya sé, ahora me diréis que lo mejor es encender una hoguera a la entrada de la cueva, hacer humo, o al menos gritar imitando el rugido de algún animal para atraer al oso, si es que está ahí. No me refiero a lo que hay que hacer. Os pregunto: ¿creeréis que hay un oso dentro o que no lo hay? Bueno, quizá haya uno, quizá no, diréis. ¡Y tenéis razón! Creéis que en la cueva puede haber un oso, o quizá no, pero no tenéis ninguna certeza. Si alguien os pregunta si hay un oso dentro, diréis que no lo sabéis. Y ahora imaginad que lleváis un rato observando la entrada de la cueva y hace un momento habéis visto a un oso entrar. Y de nuevo os haré la misma pregunta. ¿Creeréis que hay un oso en la cueva? Me miráis de nuevo con cara de desconcierto y tenéis miedo de responder, porque esta pregunta os parece una tontería. No hay nada de tonto en ella, simplemente vosotros nunca os la haríais en una situación así. Por supuesto, responderéis que hay un oso dentro, ¡porque hace un momento lo habéis visto entrar en la cueva! ¡Simplemente lo sabéis! Y ahora la pregunta más difícil: ¿seréis capaces de saber que hay un oso dentro, pero creer que no está allí? Os lo repetiré una vez más para que entendáis bien a qué me refiero. Estáis a la entrada de la cueva, sabéis que hay un oso dentro, pero al mismo tiempo creéis que no hay ningún oso allí. ¿Sois capaces de imaginaros eso siquiera? Os diré de inmediato que esa habilidad — saber una cosa, pero creer en lo contrario— está fuera de vuestro alcance. ¡Ni siquiera el hombre neolítico medio será capaz de dominarla! Solo será posible para los mejores de ellos, para el jefe neolítico y sus chamanes.

Os daré muchos ejemplos de que simplemente tendrán que dominar esa habilidad concreta. De hecho, ya conocéis uno. Por ejemplo, un jefe neolítico sabrá perfectamente que no sabe construir cabañas. ¡Pero, a pesar de ello, creará que es precisamente eso lo que sabe hacer a la perfección! Sin duda se otorgará a sí mismo el título de «Gran Constructor de Cabañas» y creará firmemente que, si tuviera un momento libre, ¡les enseñaría a todos cómo se construyen las cabañas! ¡Todos los pueblos del Neolítico vendrían desde lejos para admirar la cabaña que él construyera! ¡Esa cabaña sería tan maravillosa que se hablaría de ella en cada hoguera! ¡Los pájaros se avergonzarían de volar sobre su cabaña para no cagarse en ella por descuido! Por desgracia, la avalancha de tareas no le permite encontrar ni un solo día libre, por lo que se ve obligado a encargar esta tarea a sus ayudantes, quienes construirán la cabaña por él. No será una cabaña como debe ser, pero qué le vamos a hacer, está dispuesto a hacer ese sacrificio. La cuestión no se limita únicamente a la construcción de cabañas. El jefe neolítico no sabe hacer nada, como ya os he dicho, y por lo tanto tampoco sabe disparar con el arco. Él sabe que no sabe hacerlo y nunca en su vida iría, por ejemplo, a cazar, donde su vida podría depender de esa habilidad. Pero, al mismo tiempo, se otorgará a sí mismo el título de «Mejor arquero» y creará que, precisamente, ¡dispara con el arco a la perfección! De vez en cuando se organizará un concurso de tiro con arco en el campamento, ¡en el que ganará regularmente el primer premio! No hace falta que os explique que ni siquiera tocará la cuerda del arco y que nadie verá su disparo, pero el blanco con su flecha clavada justo en el centro se podrá admirar frente a su cabaña. El jefe sabrá perfectamente que hasta el sabloteodonte más enclenque lo haría pedazos. Si alguien le dijera que se ha visto un tigre dientes de sable cerca del campamento, correría a su cabaña y ordenaría aumentar el número de ayudantes que lo vigilan. Lo haría tan rápido que solo por el olor que dejara tras de sí se podría deducir que no le gusta imponerse a los tigres dientes de sable con su presencia. A pesar de ello, se otorgará a sí mismo el título de «Gran Cazador de Tigre dientes de sable» y creará firmemente que ese tigre dientes de sable que se ha visto cerca del campamento ha tenido mucha suerte. Tuvo un día de suerte, porque si se hubiera encontrado cara a cara con él, con el jefe neolítico, ¡el jefe habría hecho pedazos al tigre dientes de sable, y no al tigre dientes de sable al jefe! Esta extraordinaria habilidad de saber una cosa y creer en lo contrario será clave para comprender la idea de la construcción de la «Cabaña del Gran Espíritu». El jefe ordena a sus ayudantes que construyan una cabaña así para hablar en ella con el Gran Espíritu. ¿Quién es el Gran Espíritu, os preguntaréis? Es algo así como los espíritus

de los antepasados, con los que se puede hablar a través de vuestro chamán. Sin embargo, existen ciertas diferencias sutiles. Nadie ha visto nunca al Gran Espíritu, pero él, sencillamente, lo ve todo. Sin embargo, por alguna misteriosa razón, no habla con todo el mundo, sino solo con el jefe neolítico, para transmitirle su voluntad. Es más, si le dijerais al jefe que el Gran Espíritu os acaba de decir algo, ¡ni siquiera os preguntaría qué os ha dicho! ¡Esa inocente afirmación sonaría en los oídos del jefe como una grave violación del tabú más estricto del Neolítico! ¡Como si el Gran Espíritu no tuviera derecho alguno a dirigirse a nadie, por ejemplo a vosotros, sino que tuviera que hablaros a través del jefe! Al Gran Espíritu simplemente no le está permitido hacer algo así, porque con ello rompería el gran tabú del Neolítico. Al fin y al cabo, entonces todos querrían hablar ellos mismos con el Gran Espíritu y además contar junto a las hogueras lo que les había dicho. El Gran Espíritu, aunque quizá no sea un hombre del Neolítico, es sin embargo un espíritu del Neolítico, por lo que no puede romper el tabú neolítico; en particular, ni siquiera se le permite insinuar que el jefe no es el mejor. Al contrario, es el jefe quien sugerirá que el Gran Espíritu, aunque lo ve todo y está en todas partes, no soltará ni una palabra, es decir, en otras palabras, no se dirigirá a nadie, salvo, por supuesto, al jefe, en la cabaña especial del Gran Espíritu que este mandó construir para él.

El Gran Espíritu es una figura sumamente interesante y seguramente surgirán muchas historias fascinantes sobre él, que la gente del Neolítico se contará alrededor de las hogueras por todo el Mundo Plano. Sin embargo, no serán historias como las vuestras. El Neolítico, supongo, demostrará su propia innovación en este sentido. Vosotros, por ejemplo, escucháis historias de que el mundo se creó a partir de excrementos de mamut. Sin embargo, esta historia, aparte de ser curiosa, no resulta en absoluto útil desde el punto de vista del Neolítico. De ella no se deduce en absoluto que tengáis algún deber especial hacia los mamuts. Por ejemplo, que no se les puede matar y comer, como soléis hacer, porque eso amenaza con su extinción. ¿Os imagináis un mundo en el que ya no hay mamuts porque se han extinguido todos? En el Neolítico se introducirán prohibiciones de caza para evitar la extinción de diversos animales, porque entonces se producirá inevitablemente la Catástrofe de la Humanidad y todos los seres humanos se extinguirán. Algunos de vosotros pensáis seguramente que, si se introdujera la prohibición de la caza, la Catástrofe de la Humanidad se produciría mucho antes, porque los seres humanos se extinguirían de hambre. No se trata de la Catástrofe de la Humanidad. ¡Se trata de que, si un jefe neolítico dicta una prohibición, vosotros debéis acatarla! ¡Si cuenta una historia, debéis creerla! Imaginemos, por ejemplo, que presenta una versión diferente de la historia del origen del mundo. El mundo no se creó a partir de excrementos de mamut, dirá, sino que lo hizo de manera inteligente el Gran Espíritu, hace mucho tiempo. ¡El mismo Gran Espíritu que vive en una cabaña especial que mandé construir para él! Los primeros humanos tampoco nacieron de ningún huevo, sino que los creó el Gran Espíritu. Todo eso, la creación de Todo el Mundo Plano, incluida la creación de los seres humanos, no le llevó al Gran Espíritu más de unos pocos días. Os contará día a día cómo fue exactamente, como si hubiera estado allí. Vale, pero ¿por qué esta historia tiene que ser mejor que la del excremento de mamut? ¡Es muy sencillo! En primer lugar, no se podrá dejar de creer en esta historia. El jefe, valiéndose de su peculiar habilidad, sabrá que él mismo se la ha inventado, que, al fin y al cabo, no estaba allí y que eso no puede ser verdad. Lo sabrá con tanta certeza como vosotros sabéis que, si el oso acaba de entrar en la cueva, ¡el oso está en la cueva! Pero al mismo tiempo creará firmemente que lo del Gran Espíritu es verdad y que es obligación de todo Hombre del Neolito creer en ello. Aunque él mismo cambie varias veces los detalles de esta historia, siempre creará en la última versión y exigirá rigurosamente esa fe a cada uno de vosotros. En el Neolito no será así, que vosotros podáis elegir en qué creéis. Por ejemplo, seguir creyendo en la versión del excremento de mamut. No será así, que le digáis al jefe neolítico que su historia es chula, pero que aquella era más chula. Cualquier pregunta imprudente, por ejemplo, qué ha creado el Gran Espíritu desde entonces, si creó Todo el Mundo Plano hace muchos años y le llevó unos días —¡cualquier pregunta de este tipo será un gesto insultante para el jefe neolítico! Cualquier sugerencia de que, dado que en unos pocos días el Gran Espíritu fue capaz de crear Todo el Mundo Plano, le sobró entonces mucho tiempo para construirse él mismo una cabaña

—¡cualquier sugerencia de este tipo será como muchos de los gestos más insultantes mostrados al jefe uno tras otro! No servirán de nada las explicaciones de que, al fin y al cabo, crear el mundo debió de ser más difícil que construir una cabaña, por lo que, si el Gran Espíritu no se construyó una cabaña él mismo, es evidente que no la necesitaba. Que cualquier hombre se habría construido tres cabañas y además habría pintado en las paredes de una cueva cercana las más diversas escenas de caza, si tuviera tanto tiempo y unas posibilidades tan increíbles como las que tiene el Gran Espíritu. Que construir la cabaña del Gran Espíritu quizá no fuera la mejor idea, porque costó un montón de comida para los que la construyeron y no pudieron cazar durante ese tiempo. Además, fue un poco ofensivo para el Gran Espíritu, porque, al fin y al cabo, él es mejor incluso que el jefe, así que ¿por qué razón el jefe tiene que decidir dónde va a vivir el Gran Espíritu? Si ninguno de nosotros se atreve a decirle al jefe dónde debe vivir, ¿por qué el jefe actúa así con el Gran Espíritu? ¿No queréis saber qué le pasaría al hombre que tuviera la desgracia de decirle algo así a un jefe neolítico? Sería algo tan terrible que, si alguno de vosotros le hiciera eso a un animal durante la caza, ¡ese mismo día sería expulsado de vuestro campamento a patadas! Todos tendrían simplemente miedo de dormir en el mismo campamento con un hombre capaz de hacer algo así. Al fin y al cabo, la caza consiste en intentar matar a un animal. Y, sin embargo, nunca se os ocurriría hacerle a nadie lo que, sin el menor esfuerzo, se le ocurriría y ordenaría hacer un jefe neolítico con un desgraciado en la situación descrita. Lo más importante es que recordéis: en el Neolítico, que una explicación tenga sentido depende de quién la pronuncie. Si la pronuncia alguien superior, es, sencillamente, totalmente acertada y mejor no darle demasiadas vueltas. Si la pronuncia alguien inferior, puede tener sentido, o puede que no lo tenga. Todo depende de si concuerda con las historias que se escuchaban alrededor de las hogueras de los Neolíticos.

Esto

Me he estado preguntando si debía decíroslo, pero me siento, en cierto modo, responsable de la situación actual. Lo intuía, y desde esta mañana tengo la certeza de que esta guía es quizá un poco demasiado intensa. La gran cantidad de material dificulta la adecuada asimilación de los nuevos contenidos. Ha ocurrido lo siguiente. Uno de vosotros acudió esta mañana a vuestro chamán y le pidió que le enseñara a usar el bastón estriado. Como sabéis, se trata de un método que permite realizar cálculos y que solo conocen literalmente unas pocas personas de vuestra tribu. El chamán también la conoce, pero me dijo: «Me dio una corazonada, porque tenía muy mal aspecto y apenas se mantenía en pie». Así que le preguntó a ese alguien para qué necesitaba el palo estriado. Este empezó a dar explicaciones evasivas, diciendo que quería ser un Hombre del Neolito. Así que el chamán, por supuesto, lo relacionó conmigo. Le sacó un poco de información y resultó que ese buenazo había vuelto ayer por la noche con su mujer y le había hablado del Neolito. Que el Hombre del Neolito tendría dos palabras para cada acción y que, en general, no asociaría que se trata de lo mismo. Su mujer lo entendió a su manera y empezó a plantearle diversas exigencias. El chamán se imaginó esto y aquello, así que solo le preguntó «¿cuántas veces?», y él respondió «muchas». Como todos sabéis, esa palabra puede significar cualquier cantidad y la usáis siempre que se trata de una cantidad mayor de tres. Así que el chamán se asustó, le dijo que se había olvidado por completo de cómo se usa el bastón estriado, le dio inmediatamente un permiso para no cazar hoy y le dio de beber unas hierbas. El otro se quedó dormido en la cabaña, y antes de dormirse balbuceó algo sobre que en la cueva había un oso y que no había oso, pero el chamán decía que después de esas hierbas todo el mundo dice cosas inverosímiles, así que pensó que quizá fuera por eso. No obstante, se enteró del resto por esa mujer. Ella también respondió «muchos» a la misma pregunta, pero le dijo además al chamán que siempre se había sentido una Mujer del Neolito y que todo el mundo debería seguir las últimas tendencias, porque ella no quería destacar ante toda la tribu.

Queridos amigos: se ha producido aquí un pequeño malentendido. Y lo reconozco, en gran parte por mi culpa. Empecemos por el principio. Nunca he afirmado que el Hombre del Neolítico vaya a tener dos palabras para cada acción. Simplemente, para algunas acciones tendrá al menos dos palabras, cuyo significado dependerá de quién las realice. No obstante, el lenguaje del Hombre del Neolítico no será en absoluto más rico que el vuestro. Simplemente será diferente. Para describir ciertas acciones, incluida aquella por la que preguntó el chamán, ¡el hombre del Neolítico probablemente no tendrá ningún término en absoluto! ¡Una conversación como la que tuvo lugar ayer por la noche no podría traducirse en absoluto al idioma del hombre del Neolítico! ¡No conocerá las palabras adecuadas! Mostrará lo que quiere decir con gestos, porque si llamara a ciertas actividades por su nombre, solo conocería palabras tremendamente ofensivas para ellas. Simplemente habrá más palabras de unas, menos de otras, ¡o incluso desaparecerán por completo! Algunas palabras seguirán existiendo, pero cambiarán de significado. Aparecerán nuevos tabúes y quizá desaparezcan algunos de los antiguos. En realidad, este fenómeno existe también entre vosotros, aunque no en una forma tan avanzada como en el Neolítico. Por ejemplo, muchos de vosotros podríais pensar que un jefe neolítico es un mentiroso, porque al mismo tiempo cree en ciertas cosas y sabe que no son ciertas. La mentira es, por supuesto, un tabú. Si alguien no dice la verdad, entonces no se le puede creer, no se puede confiar en él. ¿Y qué es eso, si me permiten preguntarlo a mi manera, la Verdad? ¡Pues bien, el significado de la palabra «verdad» en el Paleolítico y en el Neolítico es completamente diferente! La mentira seguirá siendo tabú, incluso en el Neolítico, y lo único que cambiará es el significado de lo que realmente es la Verdad. Vosotros intentáis no mentir, pero decidme vosotros mismos: ¿dijo la verdad vuestro chamán al decir que había olvidado cómo se usa el bastón estriado? Estrictamente hablando, mintió. Pero un chamán no siempre puede decir la verdad y vosotros lo sabéis perfectamente. ¡Hizo todo lo que pudo por ese hombre! Le dio de beber hierbas, le concedió una exención; ¿le guardaríais rencor por no haberle enseñado a usar el bastón estriado? Por supuesto que no. Aquel hombre no lo habría entendido

de todos modos, ni siquiera si estuviera completamente sano, porque eso requiere mucho tiempo y práctica. Seguramente tenéis curiosidad por saber qué es eso de la Verdad para el Hombre Neolítico. ¡Es muy sencillo! ¡La verdad es lo que dice el jefe neolítico! Podéis estar seguros de que todos los habitantes del campamento neolítico no temerán nada más que a la mentira. ¡Se podrá confiar plenamente en ellos en este sentido! Si alguno de los Hombres del Neolito empieza a hablar en sueños, ¡su mujer lo despertará enseguida! ¿Por qué? ¡Para que no mienta por casualidad! Y si por alguna razón tuviera alguna cuenta pendiente con él, sería capaz de delatar ante alguien de más rango que su marido mintió en sueños, ¡como si disparara con el arco mejor que el propio jefe neolítico! Explicar todas las sutilezas relacionadas con tal comportamiento probablemente exceda mis capacidades de traducción y sin duda excede vuestras capacidades de comprensión. Pero no hay nada que temer, cada uno de vosotros es capaz de dominar el arte de pensar como un auténtico hombre del Neolítico. A unos les llevará más tiempo, a otros menos. Bueno, así son las cosas.

En toda esta historia hay otra cosa interesante sobre la que me gustaría llamar vuestra atención. Seguramente os preguntáis cómo habría actuado un chamán neolítico si se hubiera encontrado en el lugar de vuestro chamán. ¿Cómo habría sabido si el hombre merecía una exención de la caza? ¿Cómo habría evaluado si realmente estaba enfermo? ¿Habría corrido a la cabaña del jefe neolítico para preguntárselo? ¡Por supuesto que no! Vuestro chamán evaluó a simple vista que algo no iba bien y que, en ese estado, no se le podía dejar ir a cazar. ¡Simplemente vio que aquel hombre no sería capaz de tensar el arco! ¿Y el chamán neolítico? También tomaría la decisión por sí mismo, aunque basándose en criterios ligeramente diferentes.

Para explicaros esta sutil diferencia, primero tengo que mencionar algo que quizá ya hayáis adivinado. Por si acaso, os lo voy a explicar para evitar malentendidos. Veréis, en el Neolítico no será como en vuestro mundo, donde coméis juntos o, al menos, intercambiáis diferentes platos con los vecinos, y toda la carne se guarda en un solo lugar y todos saben dónde está. ¡En absoluto! Cada persona del Neolítico tendrá su propia despensa, y cada uno se esforzará por que nadie sepa de su existencia. Si es posible, intentará camuflarla o esconderla de alguna manera. También será habitual guardar la comida bajo una piedra pesada, cuya elevación requerirá una fuerza considerable. A esto se suman todo tipo de escondites, enterrar las provisiones en la tierra, guardarlas en cuevas que solo ellos conocen y cosas por el estilo. Los chamanes neolíticos ya están trabajando en la domesticación del lobo, precisamente con este fin. ¿Para qué les sirve un lobo?, se preguntarán, ¿acaso no puede morder a alguien? ¡Precisamente necesitarán un lobo porque puede morder a alguien! Solo un lobo domesticado tendrá que aprender primero a quién debe morder y a quién no. Será el Lobo del Neolítico, es decir, sabrá exactamente quién es mejor y quién peor. Cuando vea a alguien mejor, es decir, a quien vigila la despensa, ¡ni se le ocurrirá morderlo! Y si ve a alguien inferior, lo morderá y, además, recibirá algo de carne de ese superior a cambio. Incluso la despensa del jefe neolítico estará vigilada, pero, a pesar de ello, será bastante fácil identificarla. Basta con contar cuántos ayudantes armados del jefe la vigilan. ¿Qué tiene que ver el número de ayudantes armados del jefe con el contenido de la despensa? ¡El número de ayudantes armados del jefe es como el humo de una hoguera en la que se está asando algo delicioso! ¡Por eso mismo, la habilidad de contar será en el Neolítico tan importante como lo es el olfato para un oso! Ya que entendéis que cada persona del Neolítico tendrá una despensa y al menos un escondite camuflado, está claro que el chamán neolítico también tendrá su propia despensa, solo que un poco más grande y con muchos escondites camuflados, porque, al fin y al cabo, como chamán es mejor. ¿Qué tiene que ver la despensa con la decisión del chamán de conceder una dispensa? Al fin y al cabo, ¿la dispensa se concede a quien está enfermo, y no a quien tiene hambre? Seguro que eso es lo que pensáis. Y no tenéis razón. La despensa del chamán neolítico tiene una importancia fundamental. Como sabéis, a todo chamán, incluido el vuestro, hay que llevarle algún manjar. A vuestro chaman basta con prometerle que le llevaréis algo, porque os conoce bien. Esta costumbre de llevar golosinas al chaman se mantendrá también en el Neolítico. El problema es que, si no le lleváis nada, ¡seréis un ejemplo de buena salud! Si le lleváis algo, os dirá que debéis cuidar de vosotros mismos. Si le lleváis algo más

grande, vuestro estado de salud le preocupará. Si le lleváis aún más, puede que os dé de beber hierbas e incluso os dé la baja. ¡Y así hasta tal cantidad de comida que apenas podáis cargarla! ¿Creéis que entonces dirá que no os pasa nada y que sois fuertes como un oso, ya que habéis sido capaces de traer tanta comida por vuestra cuenta? ¡Todo lo contrario! ¡Vuestro estado le aterrorizará! Dirá que le sorprende cómo es que seguís vivos, os dará la baja y os mandará volver dentro de unos días, cuando os parezcáis más a un ser humano y no a un cadáver andante, como ahora...

Tabú-Tabú-Tabú

Hoy vamos a conocer un tipo especial de tabú neolítico. Se trata de un tabú del que nunca habéis oído hablar. No se os habría ocurrido ni siquiera si toda la tribu se hubiera sentado a pensar durante muchos días sin hacer otra cosa que inventar algún tabú extraño. Por supuesto, no tenéis ningún término para describirlo, pero seguramente esperáis que los pueblos neolíticos tengan al menos dos. Creo que os voy a sorprender un poco. Ellos tampoco lo tienen. Será un tabú especial. Lo he llamado, a efectos de este capítulo, «Tabú-Tabú-Tabú», o «La Prohibición que No Se Puede Establecer Ni Romper». Este nombre puede pareceros extraño, pero enseguida os lo explicaré todo. Decidme primero, ¿cómo se sabe que algo es tabú? Bueno, ante todo por las historias que se cuentan alrededor de la hoguera, diréis, por diversas historias antiguas que habéis escuchado desde que erais pequeños. De muchas de esas historias se desprende claramente que algo está prohibido. En realidad, aprendéis un poco de vuestro padre, del chamán o incluso de vuestros compañeros. De diversas fuentes. ¿Y si algo no está prohibido? Pues no lo está —diréis. Entonces se puede hacer, porque nadie lo ha prohibido. Si lo tomamos con el sentido común paleolítico, así es efectivamente. Pero el Neolítico, como he intentado demostraros, plantea nuevos retos al ser humano. Para hacer frente a esos nuevos retos, el hombre del Neolítico inventó las Prohibiciones, que No Se Pueden Establecer Ni Romper. Y esto no es en absoluto un conocimiento extraordinario, accesible solo a unos pocos. No es, por usar una comparación, el palo estriado del Neolítico. Al contrario. Todo hombre del Neolítico lo entiende, aunque ninguno admitirá jamás que tal tabú exista. Si lo admitiera, de alguna manera infringiría esa prohibición, violaría el tabú. ¡Pero tampoco lo traspasará jamás! Veo que se os nubla la vista y que vuestras caras expresan una comprensión más bien moderada. Pasemos, pues, a los ejemplos.

Muchos de vosotros tenéis hermanos y hermanas. Con las hermanas es diferente, porque más de una tiene un carácter tan desagradable que estáis deseando que alguien la secuestre de una vez. No se habla mucho con ellas, al fin y al cabo ella tiene sus cosas y vosotros las vuestras. A pesar de ello, cada uno de vosotros sabe que si le dijera que está deseando que llegue el día de su secuestro, la hermana podría lanzarle lo primero que tuviera a mano y, por lo general, le daría. Además, se enfadaría como una avispa, aunque ella misma también esté deseando que llegue ese día, solo que no se lo confiesa a nadie. El hermano, por supuesto, también puede tener mal carácter, pero un hermano es un hermano. Al menos eso se dice por ahí, en el Paleolito, aunque en el Neolito ese dicho adquiriría, en ciertos casos, un sentido un tanto peculiar. Ahora mismo os explicaré por qué.

Hasta ahora quizá os haya parecido que este Neolito tiene sus inconvenientes para los menos afortunados, pero que, si uno es de los mejores, tiene sin embargo esto y aquello que ofrecer. Vuestra intuición es, en general, acertada, pero incluso los mejores tienen sus problemas en el Neolito. Ahora mismo os lo explicaré. Imaginad que sois un auténtico Hombre del Neolítico, y uno de los mejores. Tenéis muchos hermanos, por lo que cada uno de ellos también es un Hombre del Neolítico y también pertenece a los mejores. Imaginad ahora que un día os traen la alegre noticia de que muy pronto uno de vuestros hermanos recibirá el collar del jefe neolítico. Seguramente pensáis que, por ello, debéis bañaros en el río cercano o untaros el pelo con grasa de mamut para presentaros dignamente en la Ceremonia de Entrega del Collar del Jefe a vuestro hermano. Además, estaría bien inventaros algún título molón para que todos piensen que se os da de maravilla hacer algo que siempre ha sido vuestro sueño, pero que en realidad se os ha dado más bien regular. Como suele pasar en el Neolítico, tenéis razón y no la tenéis a la vez. Tenéis razón en que la Ceremonia no se os va a pasar de largo. Pero bañarse en el río o untarse el pelo con grasa de mamut no es, ni mucho menos, vuestro principal problema. Vuestro principal problema es que, en realidad, ya estáis muertos. Estáis tan muertos como un hombre que, durante la caza, no se ha dado cuenta de que hay un tigre dientes de sable cerca, pero este se encuentra justo ahí y, en cualquier momento, hará con él lo que más les gusta a los tigres. El Neolítico tiene la particularidad de que las buenas noticias no son buenas para todos, sino que a la gente del Neolítico le gusta mucho que suenen lo mejor posible, debido a su característico optimismo.

Si vuestro hermano se convierte en jefe neolítico, podéis estar seguros de que a vosotros y a todos vuestros demás hermanos les ocurrirá pronto algún accidente desafortunado. Curiosamente, a cada uno de vosotros os sucederá algo completamente diferente. ¿Por qué es así? Porque una característica constante y muy distintiva del Neolito es la elevada mortalidad en la familia del jefe neolítico. Esa mortalidad podrá extenderse también a los vecinos o amigos, y a veces incluso a personas conocidas a las que afecte. Además, todo hombre del Neolito considera que no hay nada extraño en este hecho. ¡Para él es algo totalmente natural! Si algo malo les sucediera a varios hermanos en vuestro campamento paleolítico y solo sobreviviera uno, hablaríais de ello conmocionados durante mucho tiempo. El hecho de que solo sobreviviera uno os parecería extraño. El hombre del Neolítico también es curioso y le gusta hacer preguntas. Sin embargo, la pregunta de dónde están los hermanos del nuevo jefe neolítico, qué les ha pasado —le parecerá tan poco interesante que nunca, pero nunca, la hará. ¿Acaso alguien le ha prohibido hacer esa pregunta? ¡Nadie se lo ha prohibido! Se comportará como si en ese preciso momento le preocuparan otras cuestiones completamente diferentes, que por pura casualidad no tienen nada que ver con los hermanos del nuevo jefe. De repente, puede ponerse a resolver las más diversas cuestiones que hasta ahora no le importaban en absoluto. ¡Parecerá como si de repente hubiera olvidado que los hermanos del nuevo jefe neolítico existieron alguna vez! No los mencionará ni con una sola palabra, aunque los conociera y aunque durante mucho tiempo le hubieran dado palmaditas en la espalda todos los días. Este peculiar fenómeno podría parecer a los ojos de los extraños como si alguien le hubiera prohibido preguntar por ellos. Pero en Neolito no se puede prohibir hacer una pregunta así, porque tal prohibición implicaría que a alguien le importa esa pregunta. ¿Y por qué le importaría a alguien una pregunta tan peculiar? Es evidente que esa pregunta no debería importarle a nadie. Este es precisamente un ejemplo de una prohibición que nunca ha sido establecida por nadie y todos se comportan como si no se pudiera establecer en absoluto. ¡Pero tampoco se puede infringir!

El bien común

Hoy vamos a conocer un término especial característico de los hombres del Neolítico y solo de ellos. Nadie en el Paleolítico inventó este término, aunque, os voy a contar un secreto, tuvieron tiempo de sobra para hacerlo. Entenderéis su significado sin la menor dificultad. Cuando os explique lo que significa, os sorprenderá cómo habéis podido vivir sin él hasta ahora. Y, sin embargo, si no fuera por el Neolito, creo que habríais aguantado sin ese término durante bastante tiempo más. El hombre del Neolítico necesita este término y no puede vivir sin él. Seguramente tenéis curiosidad por saber cómo suena. Os lo diré, porque, como ya habréis podido daros cuenta, no es frecuente que entendáis de inmediato los términos que utiliza el hombre del Neolítico. Este término es: «el bien común»!

¿Qué es el Bien Común?, os preguntaréis. Pues bien, el Bien Común significa todo el campamento, cada persona que vive en él. No solo el jefe o el chamán, ni cada cazador. El conjunto también incluye a todas las mujeres del campamento, a todas las niñas, a todos los cachorros, incluso a los niños muy pequeños que solo son capaces de abrir la boca para que su madre les dé de comer: todos ellos forman parte del conjunto. Incluso hasta el bebé más pequeño que la madre lleva consigo, y que solo sabe comer, cagar y chillar, incluso él forma parte del «Todo». Seguramente pensáis que en el Neolítico el «Todo» solo significará a los mejores. ¡Para nada! En el Neolítico, el «Todo» seguirá siendo toda la gente del campamento, tanto los mejores como los peores. Desde el jefe neolítico, que, como es sabido, es el mejor, hasta el peor Hombre del Neolítico, que ni siquiera tiene a quién hacerle un gesto ofensivo, todos ellos constituirán el Conjunto. Pensáis que, si es así, todo este Neolítico no es tan extraño. Como se suele decir, el diablo está en los detalles. Cada Hombre del Neolito, en cuanto oye la expresión «Bien del Conjunto», deja de hablar instintivamente, empieza a mirar nerviosamente a su alrededor y, en general, se comporta como un cazador que acaba de encontrar en el bosque excrementos de oso aún calientes. Como sabéis, en tal caso hay que actuar con la máxima precaución, evitar el más mínimo ruido y preparar el arma, pues hay un oso cerca. ¿Qué tiene que ver la caca de oso aún caliente con el Bien Común?, os preguntaréis. ¿Acaso en el Neolítico incluso los osos cambiarán sus costumbres, aprenderán a hablar con voz humana y, en lugar de cagar, andarán por el bosque rugiendo de vez en cuando «el Bien Común»? No se trata del oso, sino de la precaución. Si un hombre del Neolítico oye esa expresión, sabrá de inmediato que hay alguien mejor cerca. Puede ser un recolector de carne, o quizá alguien incluso mejor que un recolector de carne, puede ser incluso el mejor de todos: el jefe neolítico. Seguramente os parece que ya entendéis de qué va esto: pensáis que en el Neolítico los mejores, con el jefe neolítico a la cabeza, tendrán la costumbre de usar de vez en cuando esa expresión. Vuestra intuición es, en principio, acertada, pero no capta la esencia de la cuestión. Os lo explicaré con un ejemplo. ¿Alguno de vosotros diría que un mamut es más grande que una ardilla? ¡Ninguno de vosotros diría eso! Todo el mundo sabe, al fin y al cabo, que el mamut es enorme y la ardilla diminuta. Este es precisamente el caso en el que algo es cierto, incluso en el sentido paleolítico, pero no capta la esencia de la cuestión. Decir que al jefe neolítico le gustará usar ese término es quedarse corto. ¡En realidad, no hablará de otra cosa! Sabéis bien, por diversas historias, que algo así a veces ocurre también en el Paleolítico. De la nada, un hombre cualquiera, incluso un buen cazador, empieza a hablar de lo mismo una y otra vez. Esto puede durar mucho tiempo e ir a más. Puede que se le ocurra la idea más extraña, por ejemplo, que él mismo se va a comer a un tigre dientes de sable, o que va a enseñar a un oso a disparar con arco. Entonces hay que llevarlo al chamán de la tribu, que probará con él sus diversas hierbas, pero la mayoría de las veces se verá impotente. Da miedo llevar a alguien así a cazar; lo mejor es que se quede en el campamento y que alguien le eche un ojo.

Una característica distintiva del Neolítico será que, aunque el jefe neolítico no hable de nada más que del Bien Común, esto no sorprenderá a absolutamente nadie. Nadie le dirá que quizá debería descansar, tomar el aire o intentar pensar en otra cosa. A ningún chamán neolítico se le ocurrirá preparar hierbas especiales para el jefe, porque este no deja de hablar de lo mismo una y otra vez. Al contrario, todos escucharán las palabras del jefe neolítico con el mayor interés y tratarán de recordarlas

lo mejor posible. Quien se sepa de memoria muchos discursos del jefe neolítico se jactará de ello donde sea, y tendrá realmente la oportunidad de que alguien superior le dé una palmada en la espalda por ello. ¿Qué dirá entonces el jefe neolítico?

Pues bien, toda su vida es una sucesión incesante de sacrificios por el Bien Común. Se dedica a este objetivo con una perseverancia que supera la de una manada de lobos que caza un alce. El Bien Común le impide dormir y pensar en él le quita el apetito. A pesar de ello, nadie lo valora por ello. Nadie valora, por ejemplo, la profundidad de sus investigaciones, cuyo objetivo es determinar cuántos cazadores se necesitan para abatir a un tigre dientes de sable. Estas investigaciones tienen como objetivo, sencillamente, el Bien Común, y él las planifica con tal ingenio que minimiza sus costes. Las pérdidas son insignificantes, de hecho no hay pérdidas, lo que se ve claramente en que a ningún tigre dientes de sable le ha pasado nada todavía. Ya se ha acostumbrado a ello, ya ha perdido la esperanza de que alguien valore alguna vez la magnitud de su sacrificio. Utiliza sin cesar todos sus numerosos talentos y habilidades, avalados por los títulos pertinentes que se ha otorgado a sí mismo, en pro del Bien Común. Tiembla al pensar en lo que le sucederá al campamento cuando él ya no esté. Sin su sabia guía, a todo el campamento le espera una ruina inevitable. Quizás entonces, en el momento de la ruina definitiva, haya alguien que lleve una flor a su tumba y derrame una lágrima sobre ella.

Estas y otras cosas similares dirá el jefe neolítico, y todos los presentes escucharán su discurso con gran expectación, tratando de memorizarlo, y a nadie se le permitirá ni siquiera carraspear. Carraspeo, por no hablar de cualquier comentario durante el discurso del jefe neolítico, se considerará un gesto ofensivo hacia su persona. Todos los presentes comprenderán perfectamente que, si carraspean, les espera un castigo severo. El castigo es algo parecido a la expulsión del campamento en el Paleolítico, aunque el Neolítico será un poco más radical en este sentido. A pesar de ello, en el Neolítico habrá algunas excepciones sutiles a esta regla. Si un jefe neolítico, durante su discurso, enumerara las numerosas desgracias que le han sobrevenido y que siempre ha soportado imperturbable como una roca, esto sería totalmente normal y ninguno de los oyentes emitiría el más mínimo sonido. Pero si al jefe se le ocurriera mencionar lo duro que fue para él el día en que tuvo lugar su Ceremonia de Entrega del Collar, incluso muchos años después de ella, antes de que llegara a decir nada sobre su familia más cercana, a la que por pura casualidad acababa de perder en ese momento, ¡uno de los presentes seguramente sentirá cierta molestia en la garganta y, quiera o no, carraspeará! Es más, no será castigado por ello en absoluto. Las molestias en la garganta de uno de los oyentes del jefe son, en Neolita, en tales circunstancias, algo totalmente natural. Diría incluso que son inevitables. Me resultaría difícil explicaros por qué es así, pero recordad al menos esto: en Neolita aparecerán tabúes que a veces se podrán romper y que, por romperlos, nadie correrá ningún peligro. Si después se le ocurriera a alguien pedir a cada uno de los oyentes que repitieran el discurso del jefe, por ejemplo, para comparar sus versiones del discurso, todas ellas tendrían una característica distintiva, puramente neolítica. Muchos de ellos recordarán amplios fragmentos del discurso. Más de uno lo recordará y os lo contará palabra por palabra. Pero ninguno, absolutamente ninguno de ellos, mencionará que uno de los presentes carraspeó. ¡Incluso lo olvidará incluso el que lo hizo!

¡Llevarás ropa!

Como sabéis, todos llevamos ropa. Bueno, así es. Cuando hace mucho calor, puede ser tan solo una faja, pero cuando hace frío llevamos ropa hecha de muchas pieles de animales diferentes. Cada uno de vosotros va vestido más o menos igual, aunque cada uno, en teoría, de forma ligeramente diferente. Os voy a contar un secreto. Desde el punto de vista del Hombre del Neolítico, cada uno de vosotros, tal y como estáis aquí de pie, ¡va vestido exactamente igual! ¡Nadie destaca por nada en particular! Si un hombre del Neolítico se plantara aquí delante de vosotros y os echara un vistazo, no sería capaz de responder a la pregunta básica que le ronda por la cabeza. O, mejor dicho, a dos preguntas. En primer lugar, no sabría si sois peores o mejores que él. En segundo lugar, no tendría ni idea de quién de vosotros es el mejor. Ambas preguntas os suenan, supongo, bastante extrañas. Sin embargo, para cualquier hombre del Neolítico son totalmente naturales y simplemente tienen que venirle a la mente. Para obtener la respuesta a estas preguntas, al hombre del Neolítico le ayuda enormemente la valoración de vuestra ropa. La ropa es mucho más importante para él que para vosotros.

Decidme, ¿cómo reaccionaríais si a alguno de vosotros se le ocurriera que iba a ir desnudo y quisiera salir así a cazar? Si además afirmara que quiere transformarse en oso, por lo que debe ir desnudo para que le crezca el pelaje, el asunto estaría claro. Vuestro chamán le diría a ese que hoy no habrá caza, debido a la falta de voluntad de cooperación por parte de los mamuts. Pero no pasa nada, porque el chamán ha preparado unas hierbas mágicas especialmente para él, que no solo acelerarán la transformación en oso, sino que además le ayudarán de maravilla a que le crezca el pelaje. Le daría de beber las hierbas, él se quedaría dormido y el problema se resolvería, al menos por un tiempo. ¿Por qué no llevarían a un hombre así a cazar? Pues porque es raro. Uno así podría acercarse a un oso e intentar hablar con él, lo que muy probablemente provocaría malentendidos, debido al conservadurismo de los osos, de sobra conocido. De ello se deduce que llevar ropa es para cada uno de vosotros como una especie de mandato, aunque nadie lo haya ordenado expresamente. Para el hombre del Neolítico, este mandato será aún más importante que para cada uno de vosotros. ¡El hombre neolítico temería con pánico que alguien lo viera sin ropa! Se moriría de miedo solo de pensarlo. La ropa será para él una de las cosas más importantes de su vida. Curiosamente, en el Neolítico tampoco nadie le prohibirá ir sin ropa. El hombre del Neolítico se aprenderá de memoria una serie de prohibiciones y mandamientos de lo más variados, cuyo autor es, por supuesto, el Gran Espíritu. Entre todas esas prohibiciones y mandamientos nunca aparecerá el mandamiento «¡Llevarás ropa!». ¿Por qué iba a aparecer? El Gran Espíritu bien podría haber introducido la orden «¡Te esforzarás por ser lo mejor posible!», es decir, «¡Te esforzarás por tener lo máximo posible!». El Gran Espíritu sabe perfectamente que todo hombre del Neolito actuará así sin necesidad de ningún mandamiento. Por eso nunca emitirá tal mandamiento. Dejará al hombre del Neolito total libertad de acción en esta cuestión y no le obligará a nada. Ya sabemos que el hombre del Neolito tendrá un miedo atroz a andar desnudo. Pero eso no es todo. Además, todo hombre del Neolítico intentará destacar que es mejor, precisamente a través de la vestimenta adecuada. A los inferiores no se les permitirá llevar ciertos tipos de ropa en absoluto. Aparecerán elementos del atuendo que demostrarán que el hombre del Neolítico posee los títulos adecuados. Algunas prendas serán tremendamente incómodas. Tan incómodas que el Hombre del Neolítico que las lleve no podrá moverse con libertad. Por supuesto, esto solo se aplicará a los mejores Hombres del Neolítico. Si veis a alguien superior incluso desde una gran distancia, tendréis la certeza de que es superior, aunque esté tan lejos que ni siquiera oigáis su voz. Si se trata, por ejemplo, de un

grupo de recolectores de carne, lo sabréis incluso antes de que el mejor de ellos pronuncie las palabras «Bien común».

¿Y las mujeres del Neolítico? —os preguntaréis. Me he estado preguntando si debía hablaros de esto. Es un tema un poco delicado y me cuesta hablar de ello tan abiertamente. Quizá os cuente una escena. Imaginad que vosotros, un hombre del Neolítico, volvéis con vuestra mujer del Neolítico tras un día entero de caza. Y enseguida sentís que algo no va bien. Ella ni siquiera os mira ni os dice nada. Pronto os enteráis de que necesita ropa nueva. Que esa zorra, su mejor amiga, se ha comprado un collar nuevo y lleva tres días luciéndolo, como si quisiera demostrar así que es mejor que ella, es decir, que vuestra mujer neolítica. Además, esa chica va contando a todo el mundo que su Hombre del Neolito pronto recibirá una palmada en la espalda de alguien mejor, y que, en general, muy pronto ambos mostrarán a todos los vecinos el gesto más despectivo que alguien de su posición tiene derecho a mostrar. ¿Creéis que una escena así suena demasiado inverosímil incluso para lo que sabéis del Neolito? Os diré una cosa. Que algo suene inverosímil depende de quién lo juzgue. Si le preguntaran a cualquier Hombre del Neolito si algo así puede suceder en el Neolito, más de uno se echaría a llorar. Les diré desde ya que no sería una idea especialmente acertada hacerle notar a su Mujer del Neolito que, al fin y al cabo, ya tiene una prenda de vestir. Habría que pensárselo bien antes de dar ese paso. No se trata de que vuestra mujer neolítica no tenga nada que ponerse. Simplemente hay cosas que a veces es sensato no decir, independientemente de si son ciertas o no. Podría ocurrir fácilmente que, en tal situación, os encontrarais con una descripción detallada de todas las prendas y adornos, incluidos los collares de todas y cada una de las vecinas de la zona. Os quedarías con la boca abierta y te sorprendería que alguien fuera capaz de recordar tantos detalles. De toda esa descripción se desprendería claramente que ella es la peor de todas las Mujeres del Neolítico y que todo es culpa vuestra. Que solo habría que ver cómo todos a su alrededor no harían otra cosa que hacerle gestos ofensivos.

El que canta bien

La hoguera, como sabéis, es el centro de la vida de todo el campamento paleolítico. Alrededor de ella os contáis las historias más diversas o cantáis canciones juntos. Fijaos en que las canciones siempre las cantáis todos juntos y que, en cierto modo, junto con los relatos, contienen la historia de vuestra tribu. No es raro que algún joven, junto a la hoguera, se quede mirando fijamente a alguna chica, lo que demuestra claramente que pronto se enamorará perdidamente de ella. Casi todos lo notan, excepto, por supuesto, esa chica. Decidme, ¿habéis oído hablar alguna vez de un caso en el que muchos de vosotros contarais al mismo tiempo una historia junto a la hoguera? Nunca habéis oído nada parecido, porque eso sería bastante poco práctico. Siempre habla solo uno de vosotros. ¿Y quién puede contar historias junto a la hoguera? Bueno, en realidad, quien quiera. Uno sabe contarlas mejor, otro peor; además, hay quienes siempre tienen alguna historia interesante bajo la manga, como por ejemplo vuestro chamán, y por eso todos le escuchan con gusto. En el Neolítico, quien cuenta una historia junto a la hoguera se convierte automáticamente en alguien mejor. Cualquiera persona del Neolítico simplemente soñará con contar algo junto a la hoguera. Y ¿cuál es el problema?, diréis, ¡que cuente! El problema es que en el Neolítico no se puede contar cualquier historia junto a la hoguera. ¡Al fin y al cabo, alguien podría contar una historia que no es nada interesante, o incluso mentir! Por eso, la decisión de si alguien puede contar su historia o no recaerá en un ayudante del jefe designado especialmente para ello. Será él quien decida si la historia es interesante o no. Algunos actuarán junto a la hoguera con regularidad, aunque sea repitiendo una y otra vez el mismo discurso del jefe neolítico. Sin embargo, los temas de las historias serán de lo más variados. Seguramente os sorprenderá, pero las historias sobre el Paleolítico gozarán de gran popularidad. Quien tenga la oportunidad de contar su historia sobre el Paleolítico pensará que todos vosotros, tal y como estáis aquí, durante todo el Paleolítico no hicisteis otra cosa que andar por el bosque sin ropa, comeros todo tipo de bichos asquerosos y luego contarle a todo el mundo cómo se os movía ese bicho por la garganta. Quizá incluso pase incluso unos días fuera del campamento, deambulando por el bosque y devorando bichos de todo tipo, y luego pensará que, gracias a eso, ha descubierto todos los secretos del Paleolítico. Después volverá al campamento y les contará a todos su historia junto a la hoguera, describiendo con detalle los movimientos de esos bichos que se ha comido en su garganta. ¿Por qué hará algo tan extraño, se preguntarán? Porque, claro, solo por el hecho de haber conseguido contar su historia junto a la hoguera, se sentirá mejor y tendrá una gran oportunidad de que alguien aún mejor le dé una palmada en la espalda. Además, pensará que se sabe el Paleolítico de memoria y les dirá a todos lo mucho que le ha gustado devorar bichos. Por supuesto, no se dará cuenta de que, si realmente le hubiera gustado, seguiría sentado en ese bosque sin ropa y devorando esos bichos una y otra vez. Por desgracia, un día, cuando se disponga a contar su historia junto a otra hoguera, sin duda se enterará de que los planes han cambiado y de que su historia ya no es interesante. Correrá hacia quien toma las decisiones sobre a quién se le permite contar historias. Le dirá que no sueña con nada más que seguir compartiendo con los oyentes su profundo conocimiento sobre el Paleolítico. Quizá incluso traiga algún bicho asqueroso y proponga que se quite la ropa, se lo coma y cuente con detalle sus movimientos. Este, casi con toda seguridad, le dirá que el concepto ha cambiado y que no se atreva a acercarse a él con ese bicho, ni a tragárselo. Esta historia ya no es interesante y punto. Ahora todos quieren escuchar la historia de algún otro Hombre del Neolito, que también se sabe el Paleolito de memoria. Además, él (es decir, el de la hoguera) no ve la posibilidad de que le presten más atención.

Esa particularidad del Neolito, que hace que la misma historia a veces sea interesante y otras no, también se reflejará en las canciones neolíticas. El Neolito introducirá la costumbre de que solo cante uno, y todos los demás escuchen. Durante un tiempo, en cada hoguera cantará algún Hombre del Neolito, y todos querrán escucharlo. ¿Por qué? ¡Porque canta bien! Antes de que os forméis vuestra propia opinión al respecto, os contaré una escena. Imaginad que, tras varios días de caza, regresáis al campamento neolítico y, desde lejos, oís un sonido extraño. Un sonido aterrador. Algo parecido al gemido de un animal moribundo, pero que recuerda un poco a la voz humana. Al hombre que emite ese sonido, alguien le debe estar haciendo algo terrible. ¡Ese hombre necesita ayuda! Corren hacia el origen del sonido, preparando instintivamente sus armas. Pueden bajar las armas tranquilamente y reducir el paso. ¿Sabéis qué ha pasado? El concepto ha cambiado. El que últimamente cantaba en todas las fogatas se ha enterado de que ya no canta bien. Antes todos querían escucharlo y él cantaba en muchas fogatas, sintiéndose mejor gracias a ello. Ahora, sin embargo, es otro quien canta bien, así que todos quieren, como es lógico, escuchar a ese otro. Puede que tenga un estilo un poco original, pero siempre ha demostrado un talento vocal extraordinario y la hoguera está ahí para darle una oportunidad.

El agua de la vida

De vez en cuando, incluso en vuestro caso, ha pasado que la gente de algún otro campamento os ha sacado de quicio. Por ejemplo, querrán secuestrar a una chica porque, según ellos, le ha caído bien a su jefe, y ella lleva tiempo diciendo que antes se ahogaría en el río cercano que dejarse secuestrar por nadie. Esto significará, por supuesto, que en realidad no tiene ninguna intención de ahogarse y que no tiene nada en contra del secuestro en sí, sino que simplemente prefiere que la secuestre otra persona. Para entender lo que tal chica tiene en mente no hará falta acudir al chamán. Cualquiera mujer a la que le preguntéis os lo dirá, porque, al fin y al cabo, todas las mujeres también fueron chicas alguna vez. Al jefe de un campamento extranjero se le puede ocurrir fácilmente que lo más sencillo será secuestrarla, y que en lugar de organizar una cacería, organizará el secuestro de esa chica de vuestro campamento, porque él no puede vivir sin ella. Su chamán, en lugar de darle de beber hierbas, a veces se limitará a hacer un gesto con la mano y no hará nada, aunque sabe muy bien que su jefe sería capaz de sobrevivir sin esa chica durante mucho tiempo aún. Así pues, todos los cazadores de su campamento aparecerán una mañana cerca del vuestro, pero su jefe, en lugar de esperar en el lugar acordado a que a la chica le apetezca recoger flores, como es costumbre, actuará de forma totalmente diferente. Dará a sus cazadores diversas órdenes que, en consecuencia, empeorarán las relaciones entre vuestros campamentos. Cada uno de vuestros cazadores intentará hacerles entender a aquellos que no sabe nada de ninguna invitación a una comida conjunta y que harían muy bien en marcharse. Ellos, por su parte, intentarán demostrar que la falta de invitación no es el menor de los problemas, porque no son quisquillosos, que solo secuestrarán a la chica para su jefe y luego se marcharán enseguida.

No sé si os habéis dado cuenta, pero aunque vuestras armas sirven principalmente para cazar, también son útiles en este tipo de situaciones. Y que siempre, pero siempre, el motivo de este tipo de disputas entre campamentos es alguna chica. Es decir, así fue durante todo el Paleolítico. Seguramente tenéis curiosidad por saber cómo será en el Neolítico. La situación cambiará radicalmente. Sabéis muy bien que cualquier ave que queráis atrapar caerá sin problemas en las mismas trampas. Esto se aplica a todo tipo de trampas para diferentes animales, desde la liebre hasta el mamut. A los peces siempre los capturáis de la misma manera y, a pesar de ello, siguen cayendo en la trampa. Incluso vuestras armas, con las que podéis matar a las bestias más peligrosas, son, en esencia, siempre las mismas. A vosotros os parece natural, pues ¿para qué cambiar algo que funciona? Sin embargo, en el Neolítico surgirán necesidades cuya satisfacción requerirá una inventiva extraordinaria. Aparecerá un arma que no será especialmente adecuada para la caza, pero tampoco será la caza su destino. Será un arma para matar personas. ¿Pensáis acaso que un jefe neolítico enviará a sus ayudantes equipados con tal arma para que secuestren a alguna chica para él? No se trata de una chica. Las chicas o las mujeres tendrán una importancia secundaria en el Neolítico, aunque, si lo pensáis bien, para vosotros son lo más valioso que tenéis. Siempre volvéis a ellas. Estáis dispuestos a defender sus vidas incluso a costa de la vuestra, aunque normalmente todo cazador intenta no arriesgarse sin necesidad. Porque ellas no solo se ocupan de vuestros hijos, alimentan a los bebés que han dado a luz, les cantan, preparan la comida, limpian las pieles de los animales, confeccionan ropa con ellas y realizan un montón de otras tareas. Ellas os esperan.

El neolítico distribuirá los énfasis de forma algo diferente. El jefe neolítico no soñará con otra cosa que no sea arrasar con el suelo cualquier campamento vecino, masacrar a todos sin excepción,

incluidas las chicas, quitarles todo lo que tenían y llevarlo a su propia despensa. Para ello, mantendrá el mayor número posible de ayudantes especiales, que se pasarán el día entero entrenándose en el arte de matar gente, aunque no sepan cazar en absoluto. Los alimentará aún mejor que a los recolectores de carne, porque serán mucho mejores que ellos. Al mismo tiempo, se quejará de que está rodeado de enemigos acérrimos que no sueñan con otra cosa que con masacrar a todos en vuestro campamento, sin perdonarle la vida a él, quitaros todo lo que teníais y llevárselo a su propia despensa. Todos sus esfuerzos se centrarán en que esos ayudantes especiales masacren a los otros de la forma más eficaz posible, arriesgando lo menos posible, y que, al mismo tiempo, estén convencidos de que cuantos más consigan matar, mejores se volverán ellos mismos. Las armas cambiarán tan rápido que ninguno de vosotros creería que se pueden inventar tantos tipos de armas. Y entonces aparecerán los hacedores de milagros.

¿Qué es eso, un hacedor de milagros?, os preguntaréis. Os contaré la historia de un hacedor de milagros neolítico. Pues bien, un día se presenta ante el jefe neolítico un hacedor de milagros que le anuncia que ha dominado el secreto del Agua de la Vida. Este secreto satisface las expectativas del jefe, pues basta con rociar cuidadosamente a cada uno de sus ayudantes con el Agua de la Vida debidamente preparada, y quien sea rociado así no podrá morir. Esto le facilitará enormemente el cumplimiento de su tarea por el Bien Común, ya que los ayudantes de aquel jefe, por mucho que se desvivieran, no podrían hacerle ningún daño. El jefe neolítico puede incluso darle una palmada en la espalda al hacedor de milagros, proporcionarle la comida adecuada y la ropa apropiada, y en poco tiempo aquel, gracias al Agua de la Vida, no hará otra cosa que preparar el Agua de la Vida y rociar con ella a los ayudantes del jefe neolítico antes de enviarlos a la siguiente expedición. Aunque será un trabajo estupendo, el hacedor de milagros hará muy bien en no pasar demasiado tiempo en un mismo lugar. ¿Por qué? Ahora mismo os lo explicaré. Imaginad que los ayudantes del jefe neolítico reciben una paliza de los ayudantes de ese otro jefe neolítico y deciden espontáneamente que es mejor retirarse antes de que aquellos los maten a todos, porque, al fin y al cabo, eran ellos los que tenían que matar a aquellos. Quizá se les ocurra que habría que enviar a alguien al jefe para decirle que esa Agua de Vida parece que no funciona como debería. Tarde o temprano, el jefe neolítico se enterará de la derrota y pedirá que le traigan al hacedor de milagros del Agua de Vida para expresarle sus dudas. El hacedor de milagros sin duda dirá que se le ha malinterpretado, que se trataba de una forma de hablar, porque un ayudante rociado con el Agua de la Vida, aunque sea asesinado, resucitará al cabo de un tiempo y podrá seguir matando. Al fin y al cabo, no hay ninguna diferencia entre que alguien no pueda morir o que, aunque lo maten, muera, pero resucite inmediatamente después, porque ha sido rociado con lo necesario. El jefe, por supuesto, le dará las gracias por la explicación y tal vez incluso añada que aprecia mucho que el hacedor de milagros no le haya molestado con detalles técnicos. Le propondrá al hacedor de milagros participar en cierto experimento, que no le exigirá nada más que preparar una cierta cantidad de Agua de Vida. Una vez finalizado el experimento, el hacedor de milagros tendrá libertad total y podrá, por ejemplo, volver a su hogar para descansar, o ir a la hoguera, o hacer cualquier otra cosa. El jefe deja eso a su decisión. El hacedor de milagros dirá que su único sueño es servir al jefe con su conocimiento del secreto del Agua de la Vida hasta el final de sus días. El jefe anunciará sin duda que se alegra mucho de ello y que su experimento responde precisamente a esa expectativa. Tras preparar una cierta cantidad de Agua de Vida, el hacedor de milagros preguntará si puede hacer algo más por el jefe. Se le dirá que no es necesario, pero, no obstante, el jefe le explicará el curso posterior del experimento. Ahora bien, la

cabeza del hacedor de milagros será separada del torso, con la mayor delicadeza posible, por los ayudantes del jefe, expertos en este arte. A continuación, él mismo, el jefe neolítico, rociará abundantemente tanto la cabeza del hacedor de milagros como el torso con el Agua de la Vida preparada por este. Después, el hacedor de milagros, como es lógico, revivirá y podrá irse a donde quiera. El hacedor de milagros sentirá sin duda la necesidad repentina de aclarar que ha sido malinterpretado, se esforzará intensamente por presentar su propia visión del experimento y, en general, empezará a dar la impresión de que ya no deposita en el Agua de la Vida la misma confianza que depositaba hace un momento. Esto puede parecerles extraño, porque, al fin y al cabo, en su lugar cualquiera se habría echado el Agua de la Vida encima, y al menos dos veces, para asegurarse. Alguien tan emprendedor como él seguramente se echaba Agua de Vida todos los días, así que no tenía nada que temer. Sin embargo, sus esfuerzos se verán frustrados por los ayudantes del jefe, ninguno de los cuales será, es cierto, un hacedor de milagros ni conocerá el secreto del Agua de Vida, pero sabrá lo que hace. En el fondo, todo campamento se basa en aquellos que saben lo que hacen. Así que, cuando la cabeza del hacedor de milagros sea separada del torso, el jefe lo rociará todo con el Agua de la Vida y, muy probablemente sin esperar ni un instante, ordenará a sus ayudantes que lleven lo que queda del hacedor de milagros a algún otro lugar, para que allí reviva.

Mis Hijos

Quizás tengáis la impresión de que los neolíticos tendrán una idea bastante vaga de vosotros, los paleolíticos. Os voy a sorprender. Sabrán bastante sobre los paleolíticos. Por supuesto, serán muy populares todas esas historias de comer bichos alrededor de las hogueras neolíticas de las que os he hablado antes. Pero esa es una versión entretenida de sus imaginaciones, solo para la hoguera. En realidad, se trata de una y la misma historia, en la que solo cambiará el bicho, ya que, al fin y al cabo, es difícil tragarse dos veces el mismo bicho; además, de vez en cuando cambiará quien se lo traga. Gracias a ello, todos los hombres del Neolito, incluso aquellos que no hacen otra cosa que sentarse alrededor de la hoguera, considerarán que el programa de las hogueras es increíblemente variado. Veréis, el mundo de la hoguera para el Hombre del Neolito se convertirá a veces en todo su mundo. Pero, en realidad, el Paleolito despertará en los Hombres del Neolito una cierta fascinación misteriosa. Escuchad un fragmento de la historia de un chamán neolítico que se especializa única y exclusivamente en el Paleolito y que, en general, vive de su excelente conocimiento del Paleolito:

El hombre del Paleolítico no disponía de armas neolíticas modernas, que funcionan de maravilla para masacrar a los habitantes de los campamentos vecinos. Por esta razón, sus armas solo podían utilizarse para cazar y, en lugar de quitarles a los vecinos lo que estos habían cazado, cada campamento paleolítico cazaba por su cuenta. La única fuente de alimento del hombre del Paleolítico era la caza y la pesca, o bien la recolección; por lo tanto, no fue capaz de inventar soluciones tan excelentes como los permisos especiales para recolectar plantas, frutos o setas, los permisos especiales para pescar, por no hablar de los permisos especiales para cazar. El Neolítico fue el primero en hacer frente a estos retos, introduciendo permisos especiales para todo. El hombre del Paleolito ni siquiera fue capaz de domesticar al lobo para que le vigilara su propia despensa. Por este motivo, se vio obligado a guardar los alimentos en una despensa común. La domesticación del lobo, es decir, la creación del Lobo del Neolito, fue un paso magnífico hacia el progreso. El lobo auténtico, es decir, el lobo salvaje, es capaz de morder con mucha más eficacia y puede matar a un alce por sí solo, por no hablar de que sabe cooperar en la caza con otros lobos salvajes y, en caso de necesidad, una manada de lobos puede plantarle cara a un oso. Un solo lobo salvaje se las arreglará sin el menor problema incluso con muchos Lobos del Neolito domesticados, devorándolos uno tras otro. Sin embargo, el lobo salvaje es peor que el Lobo del Neolito, porque no se le puede azuzar, por ejemplo, contra un vecino. El lobo salvaje es simplemente inútil, porque atacará a cualquiera que se interponga en su camino. Para él, todo ser humano es carne, y esa carne —tanto de personas mejores como peores— tiene para él el mismo sabor. Por eso llamamos «salvaje» al lobo no domesticado.

Estas interesantes observaciones serán desarrolladas por muchos otros chamanes del Neolito, que afirman que los primeros hombres del Neolito simplemente obligaron a sus jefes paleolíticos a convertirse en jefes neolíticos. Dicho jefe se defendió con uñas y dientes, alegando que estaba bien tal y como estaban las cosas. Solo cederá ante largas y sabias justificaciones. Todos a su alrededor le suplicaban que se dignara suavizar su postura intransigente. Decían que ya no podían aguantar sin el poder de un jefe neolítico sobre ellos, aunque antes de alguna manera lo habían aguantado y durante bastante tiempo. Al final, el jefe hará un gesto con la mano, dirá que cede ante la presión, organizará la Ceremonia de Entrega del Collar del Jefe, pero esta vez ya neolítico. Esto, como sabéis, no dejará de

influir en el destino de su familia más cercana. El jefe comenzará pronto a llevar a cabo con ahínco diversos proyectos innovadores, característicos del Neolítico.

Seguramente pensáis que el conocimiento de los chamanes neolíticos sobre el Paleolítico provendrá de la admiración de algunas pinturas rupestres. Pues no. De las pinturas rupestres también, sí, pero también de otras fuentes. Aquí y allá seguirán conservándose pequeños grupos de cazadores-recolectores. La gente del Neolítico les concederá generosamente permiso para pescar e incluso para cazar, aunque ellos ya lo hacían desde tiempos inmemoriales. De vez en cuando se acercará a su campamento algún chamán neolítico, experto en el Paleolítico, para hacerles preguntas extrañas. A veces también se acercará otro chamán del Neolítico, que, sin embargo, no hará ninguna pregunta. Y él pronunciará ante los cazadores-recolectores un extraño discurso:

¡Hijos míos! ¡No sois en absoluto peores! ¡En absoluto! ¡Yo no os considero peores! ¿Cómo podéis ser peores si alguien como yo os dice que no lo sois? ¡Así de bueno soy con vosotros! ¡Quiero que me consideréis vuestro padre! ¡He venido aquí especialmente por vosotros, hijos míos! Seguro que todos vosotros queréis ser mejores. No es que seáis peores, ni mucho menos. ¡Pero todos vosotros podéis llegar a ser mejores! ¡Todos vosotros debéis querer ser mejores! Es muy sencillo. Primero rociaré a cada uno de vosotros con el infalible Agua de Vida. Después os daré nuevos nombres, hijos míos, ¡y esos nuevos nombres serán mejores! Podéis olvidar vuestros antiguos nombres. Lo mejor es que lo olvidéis todo. Tendréis que memorizar todo lo que yo he memorizado y creer en todo lo que yo creo. ¡Os enseñaré nuevas canciones! ¡Canciones mejores! ¡Todo esto lo hago por vosotros yo, vuestro padre, hijos míos! Gracias a ello os volveréis mejores, aunque no lo suficiente como para no tener que darme explicaciones por romper diversos tabúes nuevos, que también os ordeno que memoricéis, hijos míos!

Más de uno de esos hombres del Paleolito irá luego a ver a su madre y le preguntará si no recuerda a ese hombre, porque no para de hablar de esos niños y de que hay que llamarle padre. No es eso. La gente del Neolítico sabrá muchas cosas sobre vosotros, los del Paleolítico. Pero no serán capaces de pensar como vosotros pensáis. Por eso tendrán que pensar simplemente que vosotros también pensabais como ellos, la gente del Neolítico, solo que no fuisteis capaces de lograr nada. ¿Recordáis cómo llamarán al lobo que no sabe distinguir a quién puede morder? Dirán que ese lobo es salvaje. Vosotros también sois salvajes.

Seguramente pensáis que, dado que el Hombre del Neolítico tendrá chamanes especiales que no se ocupan de nada más que del Paleolítico, entonces el Neolítico lo tendrá comido. Pues no. El hombre del Neolítico no tendrá ni idea del Paleolítico, igual que un pez no sabe que existe algo llamado agua. ¡Una guía como la mía no podría presentarse en ninguna hoguera neolítica! ¿Por qué? ¡Porque, por supuesto, no tiene ningún interés y, en algunos pasajes, seguramente miente!

La voz del lobo

Seguramente pensáis que, dado que en el Neolítico seguirán viviendo grupos como vosotros, los hombres del Paleolítico, eso significa que los hombres del Neolítico no son tan temibles como os podría haber parecido. La mejor prueba de que los dejarán en paz. Como mucho, les echarán un poco de agua por la cabeza o les obligarán a memorizar algo. No os he mentado. Y, sin embargo, no os he dicho toda la verdad. El hombre del Neolítico será capaz de ser muy buena persona, en el sentido en que vosotros lo entendéis. Pero también será capaz de ser terrible. Vosotros tampoco cazáis a todos los animales de la misma manera, porque cada animal tiene sus propios hábitos. Nadie tiende a un mamut las trampas con las que se atrapa a las liebres. A un oso se le caza de otra manera que a un alce. Incluso a un alce y a un ciervo se les caza de manera diferente, porque los alces viven solos y los ciervos viven en manadas, como bien sabéis. El hombre del Neolito puede comportarse de las formas más diversas, como he intentado demostraros. Pero no puede dejar a nadie en paz. Si ve a otro hombre, en un primer momento intenta evaluar lo que ese otro tiene. Así es él y no puede hacer nada al respecto, aunque quisiera. Imaginad que se encuentra con gente del Paleolítico que tiene algo que él no tiene. Por ejemplo, tendrán tierras que serían ideales para campamentos neolíticos. Mucha tierra, espacios enormes, llenos de bosques, llanuras, ríos y lagos. Tierra en la que viven multitud de animales que sus antepasados han cazado desde tiempos inmemoriales. ¿Pensará que ellos son mejores? Su tierra no le dará paz. No podrá dejar de pensar en ella. Le parecerá injusto que ellos tengan esa tierra y él no. Lo justo sería que los hombres del Paleolito compartieran su tierra con él. Y lo más justo sería que le regalaran toda esa tierra precisamente a él, al hombre del Neolito. Ahora os contaré una historia. Os lo debo por no haber dicho antes toda la verdad. Seguramente os preguntaréis si esta historia es verdadera. Sí. Es verdadera. Tiene que suceder.

Imaginad que los Hombres del Neolito encuentran una tierra que antes les era desconocida y descubren que la habitan personas como vosotros, los Hombres del Paleolito. En los campamentos de los Hombres del Paleolito empezarán a aparecer de vez en cuando Amigos de los Hombres del Paleolito. ¿Quiénes son?, os preguntaréis. El amigo de los hombres del Paleolito será un hombre del Neolito al que no le importa en absoluto la tierra. Su único deseo será conocer más de cerca a los hombres del Paleolito. Saber más sobre sus costumbres. Solo les pedirá que le dejen vivir con ellos, en su campamento. ¡Aunque haya un enorme espacio libre a su alrededor! Aunque haya tanto espacio que pudiera construirse una cabaña en cualquier lugar, a muchos días de camino de cualquier campamento de los hombres del Paleolito. Sin embargo, él sentirá una necesidad irresistible de vivir precisamente con ellos. Llegará, sin embargo, el día en que la guarida del Amigo de los hombres del Paleolito quede vacía y se enfríe muy rápidamente. El refugio que le concedieron dejará de ser necesario. La comida que compartían con él dejará de gustarle. Se sorprenderán y quizá se preocupen por él. Podrían pensar que ha ocurrido algo malo, que quizá necesite su ayuda. Pero si alguno de ellos fuera un ave rapaz, aún podría elevarse lo suficiente como para verlo. Seguirá con perseverancia hacia el campamento más cercano de los Hombres del Neolítico. Cuando llegue a él, hablará del campamento de aquellos que le dieron refugio. Su relato será extraño. No habrá en él lugar para descripciones de sus costumbres, ni de su ropa, ni siquiera de su comida. En cambio, dirá cuántos son y qué armas tienen. Y los describirá con la palabra «salvajes».

Porque, efectivamente, son salvajes. Todo ese campamento de los Hombres del Neolito estará repleto de los secuaces del jefe, equipados con las mejores armas para matar personas. Cada uno de los ayudantes del jefe, como un Lobo del Neolítico, hará todo lo que le ordene su dueño. En primer lugar, encontrarán el campamento de los salvajes y matarán sin piedad a todas las mujeres salvajes junto con los niños salvajes. Y matarán a los ancianos salvajes que ya no pueden cazar. Gracias a su superioridad numérica y a las armas neolíticas, matarán a todos los hombres salvajes que intenten defender el campamento, así como a aquellos que intenten vengar a los demás, al ver que ya no tienen nada a lo que volver. Sin embargo, a pesar de todo, sentirán una extraña fascinación por el hombre salvaje, que tendrán que enmascarar con gestos insultantes que expresen su desprecio. El hecho de que ellos son mejores. Cada uno de esos hombres salvajes será tratado por ellos como alguien extraordinariamente peligroso, impredecible e imprevisible mientras viva, aunque no tenga ningún arma. Sin el menor problema, se olvidarán de cada salvaje que hayan matado, incluidos los bebés salvajes. Y, sin embargo, lo recordarán todo y tendrán que callarse si alguna vez en su vida vuelven a oír el grito de un solo hombre salvaje, el que este lanza cuando defiende su campamento o simplemente quiere vengarlo. Esa voz resonará en sus oídos como el aullido de un lobo salvaje resuena en los oídos de todo Lobo del Neolito. Será una voz aterradora. En ella resonará algo que ellos perciben bien y que les despierta temor, aunque ya no sean capaces de nombrarlo, ni siquiera de comprenderlo.

Lenguaje común

Cada campamento tiene, en realidad, su propio idioma. Incluso los Otros, con quienes a veces os encontraréis, pueden hablar de forma similar, pero a veces utilizan algunos términos propios, distintos de los vuestros. Esos términos pueden sonar extraños, y a veces incluso ridículos; vosotros no lo diríais así. Vuestro idioma, a su vez, puede sonar un poco extraño para ellos. A veces, unos y otros usan la misma palabra, pero para ellos significa algo diferente. A veces podéis encontraros con personas del Paleolítico con las que no podéis entenderos en absoluto. A esas personas se les puede dar algo de comida, y ellas os darán algo de la suya, y solo entonces sabréis que son como vosotros, personas del Paleolítico, aunque no entendáis ni una palabra de lo que dicen. El Neolítico introducirá ciertas soluciones que facilitarán enormemente la comunicación. Una de esas soluciones será la Lengua Común. ¿Qué es eso?, os preguntaréis. Imaginad dos campamentos neolíticos. Para distinguirlos de alguna manera, llamaré a uno de ellos el Campamento Bueno y al otro el Campamento Malo. En ambos campamentos, el Bueno y el Malo, gobiernan jefes neolíticos. Cada uno llamará al otro «amigo» y «hermano». También expresará la esperanza de que logren llegar a un acuerdo, es decir, encontrar un «lenguaje común». En realidad, dirán lo mismo. Solo que cada uno de ellos tendrá en mente algo completamente diferente.

Antes de explicaros la diferencia, me gustaría hablaros primero de algo que parece bastante alejado de las cuestiones lingüísticas. Concretamente, de los peces. Decidme, ¿quién se alegra más de la prohibición de pescar? A primera vista, parece que los peces. Un pez no quiere que lo pesquen, no quiere que se lo coman y, en general, no desea que lo saquen del agua ni que acabe en la despensa de nadie. ¡Pero la prohibición de pescar no la impondrán los peces en absoluto! ¡La impondrá, de una forma u otra, el jefe neolítico! Él, por supuesto, lo hará por el bien común, porque si no fuera por esa prohibición, los hombres del Neolítico pescarían y se comerían todos los peces, con lo que todo el Mundo Plano se vería privado para siempre de esas sabrosas criaturas. Fíjense en que el jefe neolítico impone prohibiciones que solo se aplican a los humanos. Nunca diría que «¡todo oso al que se pille pescando será severamente castigado!». A los osos les encanta pescar y, además, lo hacen bastante bien. No acatarían la prohibición, pero el jefe neolítico podría, de hecho, imponerla ordenando que se disparara a cualquier oso que pescara aunque fuera un solo pez. Y, sin embargo, tal prohibición nunca se impondrá. Porque su objetivo no es en absoluto proteger a los peces. Esta prohibición tiene que ver con las personas y exclusivamente con las personas. Por extraño que pueda parecer, el objetivo de esta prohibición es conseguir que los más desfavorecidos pasen hambre.

Aquí volvemos a la idea de la Lengua Común. Al jefe neolítico, en realidad, no le importa en absoluto acabar con los del campamento del Malo y quitarles todo lo que tienen. Se dará por satisfecho si consigue que aquellos pasen hambre. Para eso servirá precisamente la idea de la Lengua Común. El buen jefe neolítico cree que su lengua debería convertirse en el Lenguaje Común. Porque esa lengua también es Buena. Es más, ¡su lengua es mejor! El problema es que el jefe neolítico Malo opina lo contrario: que él es el Bueno y que su lengua sería mucho más adecuada como Lenguaje Común. Así que ambos dirán lo mismo, y en realidad no hay forma alguna de comprobar quién es realmente el Bueno y quién el Malo. Ambos jefes enviarán regularmente a grupos de ayudantes armados unos contra otros. A veces, a uno de ellos le conseguirá acabar con los ayudantes del otro, pero no acabará con el resto de los habitantes del campamento. Entonces aparecerá entre ellos un nuevo jefe neolítico. Llevará

el collar de jefe, nombrará a sus ayudantes, a sus chamanes y a sus recolectores de carne. Solo que todos sus ayudantes, incluido él mismo, hablarán la lengua de los que ganaron. Esa será precisamente la Lengua Común. Cada pensamiento expresado en esa Lengua Común será increíblemente sabio, mucho más sabio que un pensamiento idéntico expresado en la lengua de los vencidos o en cualquier otra. Porque la Lengua Común es una lengua mejor. Cada uno de los vencidos a quien los vencedores permitan vivir tendrá que aprender que este es precisamente el mejor idioma. Además, ambos jefes, tanto el jefe de los vencedores como el nuevo jefe de los vencidos, se parecerán mucho físicamente. Ambos llevarán el collar de jefe y acumularán carne en su propia despensa, fuertemente custodiada. Dirán cosas similares y darán órdenes similares, por supuesto, en la Lengua Común. Se otorgarán títulos similares. Creerán en el mismo Gran Espíritu, y sus chamanes contarán historias idénticas sobre ese Gran Espíritu, por supuesto, muchas de ellas en la Lengua Común. Solo habrá una forma de distinguirlos. ¡Pues bien, el jefe de los vencedores nunca justificará sus órdenes! Porque ningún verdadero jefe justifica jamás sus órdenes. Simplemente no tiene por qué hacerlo. El bien común o la voluntad del Gran Espíritu ya son suficiente. En cambio, ¡ese nuevo jefe de los vencidos justificará cada una de sus órdenes! ¡Y esas justificaciones sonarán increíblemente convincentes! Se podría decir que cuanto más extraña sea la orden, más larga, más inteligente y más convincente será la justificación. Estas justificaciones se basarán en diversas observaciones, al alcance de todos. Sonarán extremadamente acertadas, y para comprenderlas no será necesario en absoluto conocer la Lengua Común. Esa será la única diferencia perceptible entre ambos líderes. Habrá, es cierto, otra diferencia, pero prácticamente imperceptible para un observador externo. Y es que entre ambos bandos se mantendrá un intenso intercambio de bienes y noticias. Con la salvedad de que los bienes —es decir, la carne— viajarán al campamento de los vencedores, mientras que hacia los vencidos fluirá un torrente de noticias. Parte de esas noticias se comunicarán al nuevo jefe de los vencidos en presencia de muchos de sus colaboradores más importantes, por supuesto en la Lengua Común. En esos mensajes, el jefe de los vencedores llamará al nuevo jefe de los vencidos su Amigo. Pero, y esto es característico, ¡nunca lo llamará su Hermano! Esto podría ser malinterpretado por el nuevo jefe de los vencidos y tal vez habría que ventilar a fondo la cabaña del nuevo jefe de los vencidos. ¡Sin embargo, también habrá mensajes que se le transmitirán al nuevo jefe al oído! ¡Para que nadie más los oiga! ¿Queréis saber cuál será el contenido de esos mensajes secretos, destinados exclusivamente a los oídos del jefe? Os lo diré. Será el contenido de las órdenes que pronto dará, así como sus opiniones sobre diversos temas que pronto se formará. Curiosamente, no habrá justificaciones. Las justificaciones ya son problema suyo.

La consecuencia directa de que ambos jefes encuentren un lenguaje común será que, en el campamento de los vencidos, casi todos pasarán hambre. Incluso los mejores tendrán problemas para comer, por no hablar de los peores. A cambio, todos estarán muy bien informados sobre la estrategia de su jefe, conocerán las largas y sabias justificaciones de sus órdenes, así como sus opiniones sobre una serie de temas. Esa es una característica tan propia del Neolito. A los derrotados en el Neolito siempre les parece que lo entienden todo perfectamente y que muy pronto impondrán a todos los que les rodean el Lenguaje Común.

Canción de cuna

Como sabéis, vuestras mujeres no suelen cazar. ¿Significa eso que no saben cazar? En realidad, sí. Si es necesario, ellas también cazan, pero, claro, no pueden compararse en este aspecto con los hombres. Todo hombre, aunque no sepa cazar, lleva en sí la memoria de sus innumerables antepasados, que eran hombres y cuya principal ocupación era la caza. El hombre es cazador por naturaleza, porque todos o casi todos sus antepasados masculinos eran cazadores. Cada uno de sus antepasados llegó a la edad adulta y cada uno tuvo que tener al menos un hijo. Y si ese hijo nació varón, de alguna extraña manera recordará lo que les sucedió a aquellos. Como si ese niño recordara toda su vida, todos los peligros por los que pasaron, como si lo hubiera visto con sus propios ojos, aunque, al fin y al cabo, a la mayoría de ellos ni siquiera los conoció. Y si el niño nacía niña, en esa niña resurgiría la memoria de todas las mujeres que fueron sus antepasadas. Más de un padre se sorprendería de cómo su pequeña hija sabía todo eso, quién le había enseñado a fijarse en cosas que él no veía, por qué ella sabía mejor que él lo que significaba el tono de voz o la mirada de otra persona.

A veces, una mujer tiene que defender a sus hijos, ya sea de un animal o de una persona malvada. Y no hay adversario más temible que una mujer que defiende a sus hijos. Sin embargo, una mujer nunca será cazadora. No será capaz de pensar como él. Su papel es, sencillamente, otro. No llevarían a una mujer a cazar mamuts con ustedes. Cada uno de vosotros pensaría instintivamente en que no le pasara nada, de alguna manera intentaría protegerla. Y, como bien sabéis, en la caza solo se puede tener un objetivo. Por eso las mujeres no cazan mamuts.

Sin embargo, el hombre del Neolítico se le ocurrirá que es una idea maravillosa que sean precisamente las mujeres las que cacen mamuts. ¿Cómo lo justificará? ¡Muy sencillo! Usará la palabra que utiliza constantemente. Dirá que ella no es en absoluto peor. ¿Qué hará entonces el padre? En el Neolítico, el padre será el peor, pero eso no podrá quedar patente. El padre será, en el Neolítico, la peor persona de todo el Mundo Plano. El sentido de su papel quedará reducido a la nada. Porque ya no se le permitirá cazar ni pescar sin un permiso especial, ni siquiera para alimentar a sus hijos. Si alguien hace daño a su hijo o a su mujer, bajo ningún concepto se le permitirá defenderlos. Y si alguien los mata, no podrá vengarlos. Existirá, pero en realidad no estará ahí. Ya no será lo que vosotros llamáis padre. Nadie sabrá para qué sirve realmente un padre. Solo tendrá una forma de garantizar a su familia comida y seguridad. Tendrá que ser obediente. La obediencia es la mayor virtud del Hombre Neolítico. Todos los ayudantes del jefe neolítico, aunque no supieran hacer absolutamente nada, le asegurarán constantemente su obediencia. Y eso es precisamente lo que el jefe neolítico esperará de ellos. Al fin y al cabo, sabrá que todos los títulos que les ha otorgado no tienen nada que ver con sus habilidades, porque ellos, al igual que él mismo, no saben hacer nada. Pero lo importante será que sean obedientes. La desobediencia hacia el jefe será el mayor tabú. Quien muestre desobediencia puede estar seguro de que los ayudantes del jefe no descansarán hasta que lo localicen y lo maten, como a un alce herido que intenta refugiarse en los pantanos.

Si lo pensáis bien, la fuente del poder del jefe neolítico no serán en absoluto las armas de sus ayudantes. Y, en realidad, tampoco serán sus historias, en las que no se podrá dejar de creer. El poder nace del miedo. En el caso del Neolítico, será el miedo al hambre. El hambre será el destino de los más desfavorecidos, pero en realidad será un arma en manos del jefe neolítico, y un arma que todos temen. Los más desfavorecidos deben pasar hambre precisamente para que los más favorecidos teman con

pánico convertirse en los más desfavorecidos. Si los más desfavorecidos no pasaran hambre, el jefe no tendría poder sobre los más favorecidos, porque estos no tendrían nada que temer. El jefe neolítico, mientras da palmaditas en la espalda a sus mejores ayudantes, comprobará con atención si hay suficiente miedo en sus ojos, si le obedecen lo suficiente y si comprenden bien que los tiene agarrados por el cuello. Las mujeres serán las primeras en comprenderlo y, por eso, en el Neolítico se confiará más en las mujeres que en los hombres. Por la misma razón, para el hombre del Neolítico, la mujer no será alguien tan valioso como lo es para cada uno de vosotros. En absoluto. El hombre neolítico tratará a las mujeres mucho peor que vosotros, porque no les tendrá miedo. Todo hombre, incluso el más sumiso, tiene una mente de cazador, aunque no sepa cazar. Los hombres saben asumir riesgos; más de uno es capaz de poner en juego su propia vida para sentir, aunque sea por un momento, el sabor prohibido de la libertad en el Neolítico. No solo el arma, sino también la piedra en su mano le hace pensar que el jefe no tiene poder ilimitado sobre él. Los hombres tienen una extraña capacidad para asumir riesgos, incluso cuando las posibilidades son escasas o incluso nulas. Esto hará que al jefe neolítico nada le importe tanto como demostrar que las mujeres pueden ser tan hombres como ellos, e incluso mejores en ello.

Sabéis muy bien lo que significa para un bebé la voz de su madre. Aún no entiende las palabras, pero reconoce su voz. Si el padre quisiera cantarle canciones de cuna al bebé, este se pondría a punta como un erizo y tal vez incluso escucharía ese extraño canto durante un buen rato. Aunque el padre se esforzara por cantar lo más suavemente posible, tarde o temprano el bebé le dejaría claro que, en este caso, las buenas intenciones no bastan. En Neolita, los bebés serán exactamente como vuestros bebés y aún no comprenderán lo que debería gustarles.

Partidario

A lo largo de todo el Neolítico, los peores odiarán a los mejores, y los mejores los despreciarán, aunque en el fondo les tendrán miedo. También temerán convertirse ellos mismos en peores si no se muestran lo suficientemente obedientes. A los peores les parecerá que bastaría con matar a todos los mejores para volver al Paleolítico. Quiero contaros la historia de dos amigos, hombres del Neolítico, que soñaban con volver al Paleolítico. Uno de ellos se veía a sí mismo en el papel de aquel que lograría hacerlo realidad. Lo llamaré con un nombre un tanto extraño: lo llamaré El que Regresará. Y el otro creará en él y estará dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de ayudar a Aquel que Regresará. El otro, en mi historia, se llamará el Seguidor. Por lo general, Aquel que Regresará, así como sus Seguidores, serán capturados y severamente castigados por el jefe neolítico. Pero habrá quienes lo consigan. En casos muy, muy raros, tendrán realmente la oportunidad de cambiar algo. Recordarán sus sueños de juventud y sus largas conversaciones. Planes. Porque nada en todo el Mundo Plano vuelve con tanta fuerza, con tanta previsibilidad, como los planes de los jóvenes. Los planes de los jóvenes son como una ola marina que vuelve. Su entusiasmo y su confianza en sí mismos son tan implacables como el golpe de una ola contra la costa rocosa. Como ancianos, no recordarán sus antiguos planes. Pero recordarán que en su día creyeron firmemente en algo. Si el Partidario contribuye a la victoria de Aquel que Regresará, será el más feliz de los hombres. Creará que a partir de entonces nadie pasará hambre, que ya no habrá mejores. Su amigo le prometió que si lo conseguían, si sobrevivían y derrocaban al jefe neolítico, ya no pasarían hambre. ¿Quién no creería en la promesa de un amigo que la pronuncia de tal manera que se ve, sencillamente, cuánto cree en ella? Y no será como quizá sospecháis, que si Aquel que Regresará derriba al jefe neolítico, no cumplirá esa promesa. La cumplirá. Una promesa así siempre se cumple.

¿Conocéis esa sensación cuando el mamut al que cazáis, grande como una montaña, finalmente cae al suelo? Ningún cazador olvidará esa sensación. Es una sensación de triunfo, estáis felices de haberlo conseguido. Os alegráis porque muy pronto habrá mucha comida en vuestro campamento. Ese mamut garantizará la supervivencia de vuestra gente, por un tiempo. Algunos de vosotros os quedaréis, vigilaréis el botín de los depredadores y empezareis a repartirlo. Y otros volveréis para anunciar en el campamento que lo habéis conseguido. Las mujeres, los niños e incluso los ancianos saldrán a su encuentro. Y no harán falta palabras, porque bastará con una sola mirada al rostro del cazador para saber que esta vez lo han conseguido. Se notará no solo en su rostro, sino también en su forma de andar y en el tono de su voz.

El momento de la victoria tiene un sabor dulce para cualquier persona. ¡La victoria es algo que hay que defender! Al igual que vosotros defendéis al mamut de los depredadores que querrían alimentarse al ver vuestra presa. Ahuyentáis a los carroñeros. No permitís que los buitres se aprovechen de vuestro esfuerzo. La victoria también tiene un sabor dulce para el hombre del Neolítico. Si no defendiera su victoria, sería como alguien que cazara un mamut y luego no lo vigilara frente a los depredadores. Todo su esfuerzo se habría echado a perder. Aquello por lo que luchó, por lo que arriesgó su propia vida y la de sus seguidores, podría caer en manos de otro. Simplemente tendrá que defender su botín. Y en su mente surgirá un plan. Veréis, el Hombre del Neolítico debe tener un plan en una situación así. Ese plan surgirá sin duda. En realidad, siempre ha estado en su mente y el Hombre del Neolítico simplemente se dará cuenta de ello de repente. Ese plan siempre ha estado en su mente,

porque nadie puede escapar de lo que es. El Hombre del Neolítico siempre pensará como el Hombre del Neolítico. No será capaz de pensar de otra manera. Su seguidor notará cosas extrañas. De vez en cuando irá a ver a su amigo y le preguntará cuándo va a instaurar por fin el Paleolítico. Se enterará de que el Paleolítico no se puede instaurar de repente. Es una idea irreal. Para eso se necesita tiempo. Al menos durante un tiempo hay que mantener el Neolítico. Será solo una solución temporal, hasta que os hayáis deshecho de todos los mejores. Y cuando se hayan ocupado de ellos, aparecerá algún otro objetivo que tampoco permitirá la instauración del Paleolítico. Y luego otro más. Recordad que nada es tan duradero como la situación provisional en el Neolítico. El partidario le recordará a su amigo el Paleolítico, sus planes de juventud y las promesas que se hicieron. Y no entenderá qué le ha pasado a aquel. No ha pasado nada. El cachorro de lobo tiene un aspecto simpático. Despierta en el hombre sentimientos cálidos, y su chillido suena gracioso y un poco lastimero. Y, sin embargo, de él saldrá un lobo. Todo lobo fue alguna vez un cachorro. Y el cachorro, si sobrevive el tiempo suficiente, se convertirá en lobo. Él aún no lo sabe, y sin embargo ya tiene en sí todo lo necesario para que algún día, en caso de necesidad, a la señal del líder de la manada, se abalance sobre un oso en defensa de los cachorros. Los lobos entienden muy bien que el oso puede matar a varios de ellos, pero lo harán sin dudar, porque la defensa de los cachorros es su instinto natural.

El hombre del Neolítico no es malo por naturaleza. Pero no puede dejar de ser un hombre del Neolítico, al igual que un lobo no puede dejar de ser un lobo. Por eso, El que Regresará solo podrá hacer una cosa por su amigo. Un día, los ayudantes del nuevo jefe acudirán a la cabaña del Partidario. Entre ellos habrá un chamán neolítico. Ese chamán le dirá que el nuevo jefe está muy preocupado por su salud. Ha notado que últimamente el Seguidor no deja de hablar de lo mismo una y otra vez. Recuerda su promesa y hará todo lo posible por cumplirla. Y aunque no ha podido venir él mismo, le ha pedido a él, el chamán, que prepare unas hierbas para el Seguidor.

La trampa

El guía vio desde lejos el campamento de los Hombres del Neolítico. Era enorme. Se dirigió hacia allí. Los Hombres del Neolítico a veces contrataban a personas como él, guías a quienes se les podía confiar la organización de una cacería. Sabía cómo hacerlo. Solo que esta vez se trataba de una tarea especial. En el campamento le explicaron de qué se trataba. Una cacería, sí, todo como de costumbre. Le confiarían un grupo de cazadores, le darían armas. Esta vez su tarea no consistía únicamente en dirigir la cacería. Al día siguiente le presentaron a sus cazadores. Todos iban vestidos como un Hombre del Paleolito cualquiera. Lo miraban con calma, directamente a los ojos. Llevaban armas comunes, de las que se usan para cazar mamuts. Pero el Guía ya sabía que no sería una caza cualquiera. El día anterior se había enterado de qué se trataba. Algunos de sus cazadores eran hombres del Paleolito comunes, como él. Los hombres del Neolito los contrataban para cazar. Pero otros de sus cazadores no eran hombres del Paleolito. Eran hombres del Neolito, cuya única tarea era imitar lo más fielmente posible a los cazadores paleolíticos comunes. Cada uno de ellos tenía el aspecto de un hombre del Paleolito y sabía cazar como él. En sus ojos no se veía miedo. Pero no era un hombre del Paleolito. El guía ya había oído hablar de ellos. Sin embargo, aceptó el reto y ahora se encontraba frente al grupo de sus cazadores. Le habían dicho que cada uno de ellos sabía quién era, pero no sabía nada de los demás. También le habían dicho que podía preguntar a cada uno de ellos quién era, pero que ante esa pregunta obtendría en todos los casos la misma respuesta. «Soy un hombre del Paleolítico completamente normal». Solo que no siempre sería cierto. Por lo tanto, el guía no sabía quién era quién y nunca debía averiguarlo. Su tarea consistía en evaluar a cada cazador, al regresar de la caza, basándose exclusivamente en cómo se había desempeñado ese cazador.

La caza transcurrió según lo previsto. Hasta cierto momento. Más tarde se supo que alguien había introducido algunos cambios en la trampa destinada a la caza. Lo único que no se sabía era quién lo había hecho. Resultó que la trampa había sido modificada especialmente para que, en lugar de la presa, cayeran en ella todos los hombres del Paleolito. Aquellos que no eran auténticos hombres del Paleolito podían salvarse si sacrificaban la vida de aquellos. Uno de ellos lo hizo efectivamente. Era un hombre del Neolito, entrenado especialmente para comportarse y cazar como cualquier cazador paleolítico. Pero no quería que el Guía sobreviviera a esa caza, porque podría decir que él era peor. La trampa se modificó de tal manera que los Hombres del Paleolito que participaban en la caza simplemente tuvieran que caer en ella. Solo faltaba una cosa. En el momento crítico, el Guía debía dar una orden. La orden se habría cumplido y, de repente, la situación habría cambiado de tal manera que habría que salvarse por uno mismo. Y, sin embargo, el Guía no dijo ni una palabra. Quizás intuyó que toda aquella situación era demasiado perfecta. Demasiado obvia. Como si hubiera descubierto las intenciones ocultas de aquel. Y no dio la orden. Le dejó libertad de acción. Esto es algo obvio para un cazador del Paleolítico, porque, al fin y al cabo, no se puede prever todas las situaciones que pueden darse durante una cacería. Y ese falso cazador, cuya única tarea era fingir ser un hombre del Paleolítico, solo necesitaba una orden del Guía. Esperaba esa orden para poder decir después que todo lo que les había pasado a los hombres del Paleolítico era culpa del Guía. Sin embargo, la orden no llegó.

Epílogo

Seguramente os preguntáis de dónde he sacado todo lo que os he contado sobre el Neolítico. Os voy a contar un secreto. Esta guía la ha escrito alguien como vosotros. Llevará un nombre neolítico, no sabrá cazar y solo se le podrá convencer para ir a pescar quizá una vez en la vida. Todos los hombres del Neolítico que lo conocían pensarán para sus adentros que es, para ser un hombre del Neolítico, un poco raro. Seguramente nadie se lo dirá, porque al fin y al cabo es un tipo de verdad, pero todos pensarán que debería esforzarse más, mostrar más ambición, en otras palabras, intentar tener lo máximo posible y convertirse así en alguien mejor. Les parecerá raro, igual que cualquiera de vosotros les parecería raro. Pero os diré su nombre neolítico. Se llamaba Paweł Biernacki.

Prueba

1. ¿Por qué te gustaría convertirte en un Hombre del Neolítico?

- a. El Neolito puede ser útil para mi tribu. 0 puntos
- b. El Neolito me puede ser útil. 1 punto
- c. ¿Y yo qué gano con eso? Un montón de puntos

2. Alguien ha cazado dos liebres y quiere regalarte una.

- a. También hay que darle algo a cambio. 0 puntos
- b. Hay que huir con esa liebre antes de que se arrepienta. 1 punto
- c. Hay que sacarle también la otra liebre. Un montón de puntos

3. Te quedas embobado cada vez que ves a una chica.

- a. Hay que decirle que mañana la vas a secuestrar y luego esperarla. 0 puntos
- b. Hay que secuestrarla de su campamento, quiera o no. 1 punto
- c. Hay que ponerse de acuerdo con su padre. Un montón de puntos

4. ¿Qué sabe hacer el jefe neolítico?

- a. No sabe hacer nada. 0 puntos
- b. Sabe una cosa, pero cree lo contrario. 1 punto
- c. Sabe velar por el bien común. Un montón de puntos

5. ¿Quién sabe cantar bien?

- a. Aquel cuya voz suena bien. 0 puntos
- b. El que haya cantado al menos una vez en una hoguera. 1 punto
- c. El que canta ahora en las fogatas. Muchos puntos

6. ¿De qué depende que el chamán neolítico te conceda una exención?

- a. De si estás enfermo. 0 puntos
- b. De su despensa. 1 punto
- c. De la cantidad de comida que le traigas. Muchos puntos

7. ¿Para qué sirve el Agua de la Vida?

- a. Para garantizar la protección durante la matanza de los campamentos vecinos. 0 puntos
- b. Para proporcionar cierta protección, pero no se sabe contra qué. 1 punto
- c. Al rociarlo con el Agua de la Vida, revive en cuanto alguien lo mata, a menos que sea un hacedor de milagros.

Muchos puntos

8. ¿Por qué el Lobo Neolítico es mejor que el lobo salvaje?

- a. Porque sabe a quién puede morder y a quién no. 0 puntos
- b. ¡Pues porque es mejor y ya está! 1 punto
- c. Porque puede vigilar la despensa. Un montón de puntos

Suma de puntos:

0 puntos – Tienes algún problema con el Neolítico. Por desgracia, no has dominado la materia.

1-3 puntos – ¡Genial! ¡Estás progresando! ¡Sigue así!

Muchos puntos – Este manual no es para ti. Te sabes el Neolit de memoria.